

Chanchadas



Marie
Darrieussecq

Chanchadas

Marie Darrieussecq

Traducido por Cristina Piña
Alfaguara, Buenos Aires, 1997

Título original:
Truismes
P.O.L. editeur, 1996

La paginación se corresponde
con la edición impresa

Letra e

Luego el cuchillo se hunde. El criado le da dos pequeños empujones para hacerlo atravesar el pellejo, tras lo cual es como si la larga hoja se fundiera al hundirse hasta el mango a través de la grasa del cuello.

Al principio el verraco no se da cuenta de nada, se queda tirado unos segundos reflexionando un poco. ¡Sí! Ahora comprende que lo matan y lanza gritos sofocados hasta que no puede más.

KNUT HAMSUN

Sé hasta qué punto esta historia puede sembrar problemas y angustia, hasta qué punto perturbará a la gente. Me temo que el editor que acepte hacerse cargo de este manuscrito se expondrá a infinitas molestias. Sin duda la prisión no le será ahorrada, y me apresuro a pedirle perdón de inmediato por el trastorno. Pero es preciso que escriba este libro sin más demora, porque si me encuentran en el estado en que estoy ahora, nadie querrá escucharme ni creerme. Pero tomar una lapicera me produce calambres terribles. También me falta luz, me veo obligada a detenerme cuando cae la noche, y escribo muy, pero muy lentamente. Ni les cuento las dificultades para encontrar este cuaderno, ni del barro, que ensucia todo, que diluye la tinta apenas seca. Espero que el editor que tenga la paciencia de descifrar esta letra de chancho tome en considera-

ción los terribles esfuerzos que hago para escribir de la manera más legible que puedo. La misma acción de recordar me resulta muy difícil. Pero si me concentro mucho y trato de remontarme lo más lejos que me resulta posible, es decir justo antes de los acontecimientos, logro encontrar imágenes. Es preciso confesar que la nueva vida que llevo, las comidas frugales con las que me contento, este alojamiento rústico que me conviene desde todo punto de vista y esta asombrosa aptitud para soportar el frío que descubro a medida que llega el invierno, no me hacen añorar los aspectos más penosos de mi vida anterior. Recuerdo que en la época en que todo comenzó estaba sin trabajo y que la búsqueda de un empleo me hundía en angustias que ahora no comprendo. Suplico al lector, en particular al lector sin trabajo, que me perdone estas palabras indecentes. Pero, caramba, no estaré lejos de la indecencia en este libro; y ruego a todas las personas a quienes pueda chocarle que tengan la amabilidad de disculparme.

Buscaba un trabajo, entonces. Iba a entrevistas. Y no me daba ningún resultado. Hasta que envié una *solicitud espontánea* —me vuelven las palabras a la memoria— a una gran cadena de perfumerías. El director de la cadena me había puesto sobre sus rodillas y me manoseaba el seno derecho, y evidentemente lo encontraba de una elasticidad maravillosa. En ese período de mi vida, a todos los hombres se les había dado por encontrarme de una elasticidad maravillosa. Había aumentado un poco de peso, tal vez dos kilos, pues me había dado por tener hambre todo el tiempo, y esos dos kilos se habían repartido armoniosamente por toda mi persona, lo veía en el espejo. Sin practicar ningún deporte, sin hacer ninguna actividad especial, mi carne estaba más firme, más lisa, más turgente que antes. Ahora veo con toda claridad que ese aumento de peso y esa espléndida textura de mi carne fueron

sin duda los primeros síntomas. El director de la cadena tenía mi seno derecho en una mano, el contrato en la otra mano. Yo sentía que mi seno palpitaba, era la emoción de ver ese contrato tan próximo a firmarse, pero también era ese aspecto, cómo decirlo, *neumático* de mi carne. El director de la cadena me decía que en la perfumería lo esencial era estar siempre linda y cuidada, y que sin duda yo apreciaría el corte muy ceñido de los guardapolvos de trabajo, que me quedaría muy bien. Sus dedos habían bajado un poco más y desabrochaban lo que había para desabrochar, por eso el director de la cadena se había visto obligado a poner el contrato sobre su escritorio. Yo leía y releía el contrato por encima de su espalda, un tiempo parcial por el que se pagaba casi la mitad del SMVM*, eso me permitiría aportar al alquiler, comprarme uno o dos vestidos; y en el contrato se precisaba que en el momento de cambio de stock anual, tendría derecho a productos de belleza: ¡las marcas más importantes estarían a mi alcance, los perfumes más caros! El

* Salario mínimo vital móvil.

director de la perfumería me había hecho ponerme de rodillas delante de él y mientras cumplía con mi tarea soñaba con esos productos de belleza, con lo bien que olería, con lo fresca que estaría mi tez. Sin duda le gustaría más a Honoré. Había conocido a Honoré la mañana en que por quinta primavera consecutiva había rescatado del placard mi viejo traje de baño. En ese momento, cuando me lo probaba, me di cuenta de que mis nalgas se habían vuelto rosadas y firmes, musculosas y redondas al mismo tiempo. Comer me sentaba. Entonces me concedí una tarde en el Aqualand. Afuera llovía, pero en el Aqualand siempre hay buen clima y hace calor. Ir al Aqualand representaba casi un décimo de mi pensión mensual y mi madre no estuvo en absoluto de acuerdo. Hasta se negó a darme un boleto de subte y me vi en la obligación, para franquear el molinete, de pegarme a un señor. Siempre hay muchos que esperan a las jovencitas en los molinetes del subte. Sentí bien claro que le causaba efecto al señor; para decirlo con franqueza, mucho más efecto

del que por lo general producía. En los vestuarios del Aqualand, tuve que lavar discretamente mi pollera. En los salones del Aqualand siempre hay que estar atenta a que los intersticios de las puertas estén bien cerrados y hay que saber ocultarse cuando el salón ya está ocupado por una pareja; también siempre hay señores que esperan delante de las puertas de la zona reservada a las mujeres. Uno bien puede ganarse la vida en el Aqualand, pero yo siempre me negué a eso, inclusive en el momento en que mi madre amenazaba con echarme a la calle. En el salón desierto me apresuré a desvestirme y a ponerme la malla y allí de nuevo, en el espejo dorado que te da buena cara, me encontré, lamento decirlo, increíblemente bella, como en las revistas pero más apetitosa. Me enjaboné con muestras gratis que olían bien. La puerta se abrió pero eran sólo unas mujeres que entraban, ningún hombre, y pudimos disfrutar de una cierta paz. Las mujeres se desvestían riendo. Era un grupo de musulmanas ricas, para bañarse se ponían vestidos lujosos y

muy largos, en la ducha sus cuerpos se moldeaban bajo los velos translúcidos. Esas mujeres me rodearon y exclamaron que era linda, me ofrecieron una muestra de perfume muy elegante y unas monedas. Me sentía segura con ellas. El Aqualand es un lugar de esparcimiento pero de todos modos hay que desconfiar. Por eso cuando Honoré se me acercó, en el agua, primero huí nadando crawl vigorosamente y tal vez eso fuera lo que más lo sedujo (en esa época yo nadaba muy bien). Pero cuando a continuación me ofreció una copa en el bar tropical, de inmediato advertí que era un hombre de bien. Estábamos chorreando los dos ahí, en el bar tropical, transpirábamos en nuestras mallas húmedas, se me veía toda roja en los espejos del techo, un negro grandote nos abanicaba. Bebíamos unos cócteles muy azucarados y muy coloridos, había música de las islas, de pronto estábamos muy lejos. Era el momento de las olas grandes. Honoré me contó que para ciertas recepciones privadas metían tiburones en la piscina; los tiburones tenían cinco minutos,

antes de morir en el agua dulce, para mor-
der a los invitados demasiado lentos. Eso
le daba, al parecer, un ambiente único a
las fiestas. Después se bañaban en el agua
roja, hasta el amanecer. Honoré era profe-
sor en un gran *Collège* de los suburbios.
Las fiestas privadas le daban asco. Ni si-
quiera iba a las fiestas de graduación de
sus alumnos. A mí me hubiera encantado
estudiar, le dije, y me dijo que para nada,
que los estudiantes eran depravados y co-
rruptos, que venía al Aqualand para cono-
cer a jovencitas sanas. Honoré y yo simpa-
tizamos. Me preguntó si iba a menudo a
recepciones privadas. Le contesté que
nunca, no conozco a nadie. Me dijo que
me presentaría gente. Al principio fue eso
lo que me atrajo, el hecho de que ese mu-
chacho, además de ser correcto, me pro-
pusiera relacionarme con gente, pero de
hecho Honoré no tenía ninguna relación,
no lograba tenerlas a pesar de su trabajo,
y quizás esperaba hacerse invitar a lugares
selectos gracias a mí. Honoré me compró
un vestido al salir, en las tiendas elegantes
del Aqualand, un vestido de gasa transpa-

rente que nunca me puse más que para él. En el salón probador de la tienda elegante hicimos el amor por primera vez. Me veía en el espejo, veía las manos de Honoré sobre mi cintura, sus dedos hacían surcos elásticos en los huecos de mi piel. Jamás, jadeaba Honoré, jamás había conocido una jovencita tan sana. Las mujeres musulmanas entraron a su vez en la tienda elegante, las oíamos parlotear en su lengua. Honoré se volvió a vestir mirándome, yo tenía un poco de frío toda desnuda. La señora de la tienda nos ofreció té de menta y tortas. Nos lo pasó por debajo de la puerta del salón probador, era discreta y muy elegante, yo me decía que me encantaría tener un trabajo de ese tipo. Al final, en la perfumería, mi trabajo no fue para nada diferente. Había un salón probador para cada perfume, la gran cadena de la que era empleada vendía perfumes de todo tipo que era preciso probar sobre diversos lugares del cuerpo, esperar que su aroma evolucionara bien o mal, eso llevaba tiempo. Instalaba a los clientes en los grandes sofás de los salones, tenía que ex-

plicarles que sólo un cuerpo distendido revela toda la paleta de un perfume, lo sabía, pues había hecho una pasantía de formación de masajista. Distribuía Tamestat y cocciones de pluma de cisne. No era un oficio desagradable. La cosa es que cuando las musulmanas se fueron, dejando casi cinco mil euros en *Internet Card*, la vendedora tan elegante, ante nuestros ojos, echó perfume en aerosol por toda la tienda. Jamás, le dije a Honoré, jamás me permitiré tener semejante falta de clase si atendiera una tienda elegante. En ese momento Honoré me dijo que con un cuerpo así y un rostro tan resplandeciente podría estar en todas las tiendas elegantes que quisiera. Al final, no se equivocó. Pero no le gustaba que trabajara. Decía que el trabajo corrompía a las mujeres. Sin embargo, yo me había desilusionado al ver que a pesar de su trabajo prestigioso, su sueldo no le permitía alquilar más que un dos ambientes diminuto en el suburbio cercano. De inmediato me dije que, por simple honestidad de mi parte, era preciso que trabajara por cuatro para ayudarlo.

En esa época, desde los primeros días en la perfumería, a los clientes se les dio por decirme que tenía una tez magnífica. Le hacía una publicidad excelente al establecimiento. La tienda empezó a andar bárbaro conmigo. El director de la cadena me felicitaba. Es verdad que el uniforme de trabajo, un guardapolvo blanco serio como en las clínicas de estética, era sentador, de corte muy ceñido al cuerpo, con un escote profundo en la espalda y sobre los pechos. Pero exactamente para esa misma época mis pechos se redondearon como mis nalgas. Llegó un punto en que tuve que dejar mis corpiños de taza B, las ballenas me lastimaban. Todavía no había cobrado mi primer sueldo, apenas un pequeño adelanto porque en la tesorería había un problema con las computadoras y no podía comprarme sostenes de taza C. Pero el director me tranquilizó y dijo que a mi edad se sostenían solos, que

no tenía ninguna necesidad de corpiño. Y es verdad que se mantenían admirablemente bien, hasta cuando pasé a taller D; pero en ese momento despilfarré: me compré un corpiño con el dinero para comer que había ahorrado poco a poco. Honoré me hizo preguntas, sabía que todavía no me habían pagado, pero me dominé, no confesé nada, a pesar de que esa pequeña traición todavía me tortura. Pobre Honoré, no podía saber lo que es correr sin corpiño tras un ómnibus con semejante busto. Tenía cada vez más clientes masculinos en la tienda, y pagaban bien; el director de la cadena pasaba casi todos los días para recoger el dinero, estaba cada vez más contento conmigo. Mis masajes tenían un enorme éxito, inclusive creo que el director de la cadena sospechaba que me había metido en masajes especiales por propia iniciativa, cuando normalmente se le deja un poco de tiempo a la vendedora antes de incitarla a hacerlo. Eso hizo que, gracias a todo ese dinero, no haya corrido el riesgo de hacerme despedir tras unas semanas, el director de la cadena no me em-

pujó a nada, todo se desarrolló con la mayor discreción. El director actuó con elegancia. Me dejó tranquila un buen tiempo, debía pensar que estaba cansada por todo ese trabajo. Yo nunca había estado tan en forma en mi vida. Y no tenía nada que ver con Honoré. No tenía nada que ver con mi nuevo empleo, a pesar de que me gustaba, ni siquiera con el dinero, porque de todos modos no lo toqué sino mucho después y sólo en parte, y que jamás habría bastado para independizarme. No, sólo era que, por así decirlo, siempre había un halo de sol alrededor de mi cabeza, hasta en el subte, hasta en el barro de esa primavera, hasta en las plazas polvorientas a donde iba a comer mi sandwich a mediodía. Y, sin embargo, objetivamente no era una vida tan fácil. Tenía que levantarme temprano pero, cosa curiosa, en cuanto cantaba el gallo, en fin, desde lo que corresponde a eso en la ciudad, me despertaba con facilidad, sola, no tenía más necesidad de Tamestat por la noche ni de Excidrill por la mañana, mientras que Honoré y todas las personas

que me rodeaban seguían atosigándose con ellos. Lo que no resultaba para nada cómodo era que nunca tenía tiempo de comer con tranquilidad, y sin embargo tenía hambre, me agarraba en cuanto llegaba a la plaza, me moría de hambre; el aire, los pájaros, no sé, lo que quedaba de naturaleza de pronto me producía algo. Mis compañeras bromeaban, “*es la primavera*”, decían; estaban celosas de Honoré y de verme tan linda, pero al mismo tiempo halagadas de que con todo ese éxito todavía las llamara por teléfono de vez en cuando. Además, bueno, lo que a menudo no era divertido eran los clientes, tenía cada vez menos dientes, creo que la tienda les daba miedo, había un ambiente de lo más raro. Los clientes a menudo intentaban cosas que no me gustaban y, en épocas normales, eso sin duda me habría deprimido; pero entonces no, estaba alegre como un pájaro. A los clientes eso les encantaba. Todos decían que era extraordinariamente sana. Me sentía orgullosa, debo decirlo, orgullosa de mí. Pero tampoco era eso lo que me subía a tal punto

la moral, tenía la impresión excitante de comenzar una nueva vida. Una de mis últimas dientas, fiel a mí y sin pelos en la lengua, me puso recelosa. Era *chaman*, y extraordinariamente rica. Estaba masajéandola cuando me dijo que sin duda era hormonal. Repetí lo que le decía a mis compañeras, el empuje de la savia de la primavera, pero la clienta insistió: “*No, no*”, me dijo, “*eso viene de usted, del interior de usted. ¿Está totalmente segura de que no está embarazada?*” Ese fue el mes en que mis menstruaciones se detuvieron. Esta reflexión me dejó con la boca abierta, por así decirlo. No le comenté nada a Honoré. La clienta era bastante vieja, tenía una gran experiencia de la vida, yo le tenía cariño. Era de esas que siempre quieren charlar durante el masaje, creo que era como quien diría frígida. Debía gustarle verme tan linda, tan joven, tan sana como decían todos, y saberme embarazada debía excitarla todavía más, no sé cómo decirlo. Hay cada vez menos bebés. Yo no estoy en contra de los bebés, a menudo veía bebés en la plaza. Sea como

fuere, tenía cada vez más hambre y la clienta reconocía síntomas por todas partes. “*¿Tiene antojos?*”, me preguntaba. Ahora venía a darse masajes todos los días, los clientes protestaban, la llamaban *el vejestorio*. Yo no tenía antojos, más bien tenía rechazos. “*Es lo mismo*”, me decía, y preguntaba detalles. Ya no podía comer sandwiches de jamón, me daban náuseas, una vez hasta había vomitado en la plaza. Eso era de mala educación. Por suerte era demasiado temprano para que los clientes o el director pudieran verme. De golpe, me pasé al pollo, podía tragarlo mejor. “*Ve*”, me decía la clienta, “*tiene antojo de pollo; yo, con mi primer hijo, no soportaba el cerdo; de todos modos, cuando una está embarazada hay que evitar por completo el cerdo, a causa de las enfermedades*.” Sabía que la clienta no había tenido nunca hijos, un cliente me había dicho que era lesbiana, que *era claro como el agua*. Mis menstruaciones seguían sin venirme. Tenía cada vez más hambre, y para variar mis comidas traía huevos duros, chocolate. Era difícil encontrar legumbres frescas

a un precio accesible; le había pedido a un cliente que me las trajera de su casa de campo, también me daba manzanas. Había que ver cómo me comía esas manzanas. Nunca tenía suficiente tiempo en la plaza para clavarles bien el diente, para masticarlas, ¡hacían mucho jugo en mi boca, crujían bajo mis dientes, tenían un gustito! Mis pocos minutos de descanso en la plaza con las manzanas, en medio de los pájaros, eran, por así decirlo, la felicidad de mi vida. Tenía antojos de verde, de naturaleza. Me dejé convencer de pasar un fin de semana en casa de un cliente, pretexté una pasantía para que Honoré no dijera nada. Me desilusionó. La casa del cliente era linda, llena de árboles alrededor, aislada; estaba toda rodeada de campo, jamás había visto una cosa así. Pero pasé todo el fin de semana adentro, el cliente había invitado a sus amigos. Por la ventana veía campos y bosques, tenía un deseo que llamaría extravagante de ir a meter la nariz allí, de tenderme en la hierba, de olería, de comerla. Pero el cliente me tuvo atada todo el fin de semana. Al

volver, hubiera llorado en el auto. No quería hacerle nada más en el auto, además en la carretera es peligroso, y ese mal bicho me tiró en la primera puerta de la ciudad, sin miramientos, nunca más volvió a la tienda. Perdí un buen cliente. Me puse a sangrar al volver a casa. Me dolía mucho el vientre, apenas podía caminar. Honoré me dijo que las mujeres siempre tienen problemas de vientre. Estuvo amable, me pagó un ginecólogo. Encima, el ginecólogo estaba apurado, me dijo que había tenido un aborto, me metió mucho algodón ahí abajo y me envió a una clínica. Costó muy caro el raspaje. Pero yo estoy segura de que no estaba embarazada. No sé qué me dio de pronto para atreverme a llevarle la contra al ginecólogo, en todo caso se enojó mucho y me trató de zorrita. No me animé a contarle lo que había ocurrido con el cliente y sus amigos. En la clínica me hicieron doler mucho y, estoy segura, por nada. Me parece que cuando una está embarazada lo sabe. Debe sentirlo en el cuerpo, algún tipo de olor a maternidad, y yo, que me había

vuelto tan sensible a los olores, no sentía nada por el estilo en mi piel. Además, estoy convencida de que fuera de mi clienta un poco especial, los clientes se habrían apartado de mí si hubieran adivinado que estaba embarazada. Les gustaba sana, pero no a tal punto. Todavía hoy tengo un poco de dolor en el vientre de todo lo que me hicieron en la clínica. Seguí siendo hembra a pesar de todo. Y lo que me hace decir, inclusive ahora, que no estaba embarazada, es que casi inmediatamente después del pretendido aborto mis menstruaciones volvieron a dejar de venirme y los mismos síntomas —el hambre, el asco, las redondeces— continuaron. A pesar de esas contrariedades —a menos que todo esté vinculado— mantenía siempre una excelente moral. La clienta vieja me quería más que nunca. Insistía, tocaba mi vientre y me lo mostraba en el espejo, mi vientre también se volvía muy redondo, un poco demasiado para mi gusto. Pero los clientes seguían encontrándome terriblemente *sexy*, era todo lo que contaba. Hasta hacían cola. La clienta pasaba mucho tiem-

po conmigo, era la última mujer que venía a la tienda, y en cierto sentido mi única amiga porque mi *esplendor*, como decía ella, había desalentado, por así decirlo, a todas mis compañeras. Me gustaba charlar con la clienta, su cuerpo no me resultaba desagradable, me parecía interesante ver en qué me convertiría en unos años. Me equivoqué de medio a medio. La clienta me regalaba sus vestidos que todavía podían usarse, una vez hasta una alhaja que ya no quería. A la clienta la asesinaron. Un día no vino más y encontraron su cuerpo en la plaza, bajo un árbol. Parece que no era un lindo espectáculo. A partir de ese momento, a menudo me crucé con una de sus amigas, toda de negro, que venía a llorar bajo los árboles de la plaza. Es lindo tener amigas así. Yo ya no tuve a la clienta para charlar y me encontré sola con el problema de mis menstruaciones. En cierta forma, fue un alivio no ver más a la clienta, porque yo sabía que no estaba embarazada, que ella quería que lo estuviera, me embrollaba terriblemente las ideas. Los clientes, por lo menos, no te-

nían ese tipo de preocupaciones. No me miraban para saber cómo andaba; en rigor se ocupaban de sí mismos, los enorgullecía poder manosearme. Me venía bien, en el fondo, esa especie de indiferencia, porque me parecía que estaba engordando demasiado y que eso ya no era tan lindo como antes; pero como en la tienda no recibía más que a los clientes de siempre, no tenía que temer las miradas nuevas que, por así decirlo, me habrían visto de verdad. Mis clientes sabían que yo les gustaba y eso les bastaba, no iban a buscar más lejos: un cambio en mi persona de todos modos les habría parecido *incongruente*, creo que ésa es la palabra. Después reflexioné sobre esto. Empezaba a conocerlos bien, a mis clientes, sobre todo porque para poder recibirlos mi tiempo parcial se había convertido insensiblemente en tiempo completo. Me venían ideas raras, ideas que jamás había tenido, puedo decirlo ahora. Empezaba a juzgar a mis clientes. Hasta tenía preferencias. Había algunos a quienes veía llegar con verdadero disgusto, por suerte conseguía no de-

mostrarlo. Creo, además, que esas ideas nuevas y todo el resto estaba vinculado con la falta de menstruaciones; a pesar de que mantenía siempre ese curioso buen humor, esa buena salud, cada vez aguantaba menos ciertos caprichos de mis clientes, tenía, por así decirlo, una opinión sobre todo. Me callaba, por cierto, cumplía, para eso me pagaban, pero sentía que mi cuerpo no me seguía más, mi cuerpo con esa ausencia de menstruaciones. Mi cuerpo dirige mi cabeza, ahora bien que lo sé, pagué un alto precio aunque en el fondo estoy muy contenta de haberme liberado de los clientes. Pero en esa época, creía que era posible explotar al cuerpo a ojos cerrados. La cosa marchaba bien, por otra parte. Sólo a partir del momento en que subí un poco demasiado de peso, antes inclusive de que los clientes se dieran cuenta, empecé a no gustarme. Me veía en el espejo y tenía, de verdad, pliegues en la cintura, ¡casi rollos! Ahora ese recuerdo me hace sonreír. Había tratado de reducir los sandwiches, hasta había llegado a no comer al mediodía, todo para seguir en-

gordando. Las fotos de modelos que había en la perfumería me obsesionaban. Estaba convencida de que había como un fenómeno de retención de sangre en todo mi cuerpo, me volvía rubicunda, insensiblemente los clientes adoptaban costumbres de granja conmigo. No se daban cuenta de nada, demasiado ocupados consigo mismos y su placer, pero la cama de masajes se convertía, bajo sus nuevos deseos, en una especie de pajar; algunos empezaban a rebuznar, otros a resoplar como chanchos y uno tras otro se ponían, más o menos, en cuatro patas. Me decía, si mis menstruaciones por fin volvieran, me vaciaría de toda esa sangre, estaría de nuevo fresca como una jovencita; y tenía deseos de hacerme sangrías. Los propios clientes estaban cada vez más gordos. Me dolían las rodillas bajo su peso, me bailaban estrellas en los ojos, veía cuchillos, hachas. Para la cocina de Honoré compraba electrodomésticos cada vez más sofisticados, él apreciaba mucho estas nuevas tendencias domésticas. Y luego fue preciso que admitiera las cosas como eran. Como me

puse a reflexionar sobre todo, a tener ideas acerca de todo, racionalmente no podía seguir cerrando los ojos a mi estado y ocultarme que estaba embarazada. Había engordado seis kilos en un mes, sobre todo en el vientre, en los senos y en las nalgas, tenía grandes mejillas rojas, casi una máscara, sentía hambre todo el tiempo. Por la noche tenía sueños raros, veía sangre, morcillas, y me levantaba para vomitar. Hasta el día de hoy me dan vergüenza esos sueños descabellados, pero era así. Me esforzaba por comprender, a menudo tenía extraños relámpagos de certeza, una lucidez que me subía del vientre. Eso me daba miedo. Estar embarazada era el único lazo, por así decirlo, objetivo y razonable entre todos esos síntomas. Honoré quería que dejara de trabajar, desconfiaba, debía sospechar algo. Junto con eso, paradójicamente estaba bastante orgulloso de mí. Se hablaba de mi perfumería en toda la capital, era la más elegante, gente muy conocida venía a verme de lejos. Honoré no podía sino comprobar también las repercusiones eco-

nómicas, todos esos electrodomésticos, por ejemplo. Y además no tenía de qué quejarse, fuera de ciertos fines de semana volvía todas las noches a casa, de todos modos seguía ganando nada más que por tiempo parcial. Había decidido no decirle nada porque si hubiera sabido que estaba embarazada, habría hecho todo lo posible por retenerme en casa. Durante tres meses habría tenido el subsidio pro natalidad que era bien superior a mi sueldo, y después habría estado encerrada con Honoré. Quería conservar mi trabajo, en el fondo no sé bien por qué. Era como una ventana, veía la plaza, los pájaros. De todos modos, si hubieran sabido que estaba embarazada no habría podido conservarlo. ¿Cómo anunciarle eso al director de la cadena? Era impensable. Me habría acusado de no cuidarme, pero no ganaba lo suficiente como para poder cuidarme, y para Honoré es cuestión de las mujeres ocuparse de esas historias del vientre. También por eso creía que estaba embarazada, porque no me cuidaba. De todos modos hay una cierta lógica biológica; a pesar de

que lo mínimo que podría decir ahora es que lo dudo. Pero mi único triunfo era mi aspecto *neumático*, y hay que confesar que lo perdía poco a poco. En un mes o dos no podría entrar más en mi guardapolvo, mi vientre desbordaría y ya había dejado de ser tan excitante que la carne se derramara en exceso por los breteles y el escote. En ocasión del primer cambio de stock, justo un año después de mi contrato, tuve derecho a bases en polvo y me las empecé a poner todas las mañanas, pues atenúan un poco mi aspecto de granjera de mejillas rojas. Pude mantenerme todavía un mes. Pero engordaba por todas partes, no sólo en el vientre. Y mi vientre no parecía para nada el de una mujer encinta, no era un hermoso globo redondo sino que tenía rollos. De todos modos ya había visto mujeres embarazadas, sabía qué aspecto tenían. No hacía tanto que mi propia madre había esperado hasta el quinto mes antes de hacerse un aborto llorando, teníamos demasiada necesidad de su sueldo en casa. Casi no comía. Tenía vahídos durante el día, sueños absur-

dos todas las noches. Honoré se mostraba molesto por mis gruñidos, luego fueron gritos penetrantes y ya no soportó dormir conmigo. Tuve que dormir en el salón. Era más cómodo para los dos, podía ponerme de costado como me gustaba y roncar. Sin embargo dormía cada vez peor, tenía bolsas debajo de los ojos que intentaba borrar a fuerza de tapa-ojeras Yerling, dos tubos gratuitos que recibí de regalo. Pero el tapa-ojeras estaba vencido y se deshacía, yo realmente tenía una pinta muy rara. Me venían angustias terribles ante la idea de ese aborto. La gente no es amable con las mujeres que abortan. Hasta dicen que a esas mujeres ni se gastan en darles anestesia, no tendrían más que haberse cuidado. Y después estaban esos terribles comandos a los que hay que temer, aunque yo no estaba demasiado al tanto. En esa época no seguía las noticias. Ahora estoy muy lejos de todo eso, por suerte. Fui a la clínica. Había vendido a escondidas lápices labiales ultra elegantes, temblaba de que me pescaran. No me quedé más que seis horas, al director de la cade-

na no le gustó nada ese medio día desperdiciado. Había un tipo encadenado a los estribos de la mesa de operaciones, salmoldaba no sé qué, pero ese cretino se había encadenado demasiado bajo y verdaderamente no molestaba. Se vio obligado a asistir a todo, y cuando la policía llegó para cortarle las cadenas —pues se había tragado la llave—, estaba todo cubierto de mi sangre. En la clínica dijeron que no iba a llegar a viejo si seguía tragándose las llaves. A mí me dijeron que si no me cuidaba, después de esos dos raspajes me arriesgaba a quedar estéril. También me dijeron que jamás habían visto un útero con una forma tan rara, que haría bien en cuidarme un poco, que hay montones de enfermedades dando vueltas por ahí. Hasta se quedaron con la *histerografía* para estudiarla con cuidado. El tipo me acompañó. Estaba todo pálido. Me dijo que estaba maldita para siempre, que no podía, desgraciada de mí, imaginar las consecuencias de mis actos, que era una muchacha perdida. A mí me importaba un pito lo que decía, me apoyaba en su brazo para

llegar a la perfumería. En el fondo era amable, sin él no podría haber caminado. Yo me preguntaba cómo haría para no llenar todo de sangre y aguantar con los clientes. Levanté la cortina de hierro. Cuando el tipo vio el cartel, se puso todavía más pálido. Se apartó y apuntó dos dedos hacia mí, dijo que era una criatura del diablo. “¡Ahí, ahí!”, aulló. De pronto me miraba, me escrutaba por así decirlo. “*¿La marca de la Bestia!*”, aulló. A mí eso me trastornó un poco, que pudiera decir eso mirándome. El tipo se fue corriendo. Me miré en el espejo. No advertí nada anormal. Por una vez estaba pálida, ya no tenía aspecto de granjera rubicunda. Al final esa sangría me había hecho bien.

Retomé el trabajo con el corazón ligero, no tenía más la preocupación de saber si estaba embarazada o no. Los clientes como siempre pagaban bien. El patrón me dejaba un porcentaje un poco más im-

portante ahora, estaba muy contento conmigo, decía que era su mejor obrera. En el cambio de stock siguiente tuve derecho a una ceremonia con medalla delante de todas las otras vendedoras de la cadena y delante de los dignatarios más altos, a una polvera de la casa Lobo-Ahí-Estás, y a un conjunto de cremas Gilda con *ADN sobreactivado para renovación celular y recombinaciones de macromoléculas*. Eran productos nuevos. Lloré de alegría en la ceremonia. Sacaron fotos. Estaba muy orgullosa, se veía en las fotos. Se veía también que había engordado, pero no tanto porque desde mi aborto había tenido náuseas cada vez más frecuentes y había adelgazado. No se podía seguir imputándole eso al embarazo. Había algo que no funcionaba. Tenía que cuidarme cada vez más en mi alimentación, apenas comía legumbres, sobre todo papas, era lo que digería mejor. Me volvía loca por las papas crudas; sin pelar, hay que decirlo. Honoré miraba eso con bastante asco. Por una vez se preguntaba de verdad si estaba embarazada. Pero a pesar de su aspecto un poco

compungido, a Honoré no hacía falta jurárselo. Ahora todas las noches las pasaba allí, no tenía tiempo ni de lavarme que ya tenía que hacérselo. Era como con los clientes. Yo que había creído que mis rollos le darían asco, y bueno, para nada. Contra todo lo que se podía esperar, los clientes, hasta los nuevos (gracias al director disponían a su gusto de mi tiempo ya sobrecargado, pero pagaban bien), parecían apreciarme un poco gorda. Les daba un apetito bestial, por así decirlo. Apenas había comenzado la sesión que ya querían todo, rápido, el combinado especial y el *Alta Técnica* con todo incluido, aceites y vibrador y todo, con el precio que tiene; pero veía con toda claridad que los aceites les importaban un pito y el vibrador me lo arrancaban de las manos y le daban usos de lo más raros, se los juro. Salía de ahí molida. Las mujeres, al menos, son más refinadas. Todas mis antiguas dientas se extasiaban ante la sesión *Alta Técnica*, no había nada mejor para ellas. Empezaba a lamentar no tener más que una clientela de hombres. Vendía cada vez menos

perfumes y cremas, pero al director de la cadena parecía no importarle. Los stocks se acumulaban en la parte trasera de mi tienda y yo ya decidía los que iba a guardarme en el próximo cambio de stock. No era un trabajo malo. Hasta tenía satisfacciones. Los clientes, una vez que habían conseguido lo suyo, siempre tenían una palabrita amable para mí, me encontraban *arrebataadora*, a menudo empleaban otras palabras que no osaría escribir pero que al final me daban el mismo placer. Veía con claridad que era como ellos decían, bastaba con que me mirara al espejo, no era idiota de todos modos. Ahora lo más lindo era mi trasero. Estaba ceñido a reventar en mi guardapolvo, hasta tenía que zurcirlo, pero el director de la cadena se negaba a abrirme crédito para que me comprara uno más grande. Decía que la cadena estaba al borde de la bancarrota, que no había dinero. Todas hacíamos grandes sacrificios económicos, teníamos miedo de que la cadena quebrara y que nos encontráramos sin trabajo. A mis pocas compañeras vendedoras, las veía muy

rara vez, siempre me decían que yo era una suertuda al tener a un hombre honesto como Honoré para mantenerme si era necesario. Estaban celosas, sobre todo de mi trasero. Lo que no decían era que la mayoría de ellas recibían dinero de los clientes, dinero para ellas. Yo siempre me negué, una tiene su orgullo de todos modos. Yo no tenía tantas ganas de ver a mis compañeras vendedoras, tenían mala facha, por no decir otra cosa. Mis clientes sabían que no era cuestión de dinero entre nosotros, que todo pasaba directamente a la cadena y que yo tocaba mi porcentaje y punto. Estaba orgullosa de tener la gestión más limpia de toda la empresa. Mis compañeras vendedoras me sacaban de quicio. Jugaban fuerte, también con el director. Por suerte para ellas yo no las denunciaba porque el director tenía sus métodos propios para las jóvenes deshonestas. Por otra parte, a fin de cuentas siempre se encontraba un cliente descontento que se iba de boca y participaba en la sesión de reeducación. Yo hacía bien mi trabajo. Mi perfumería estaba bien cuidada.

Aceptaba los cumplidos y los ramos de flores. Eso es todo. Pero lo que me duele confesar aquí, y sin embargo es preciso que lo haga pues ahora sé que forma parte de los síntomas, lo que me duele confesar es que me comía las flores. Iba a la parte trasera de mi tienda, las ponía en un florero, las contemplaba largo rato. Y después me las comía. Era su perfume, sin duda. Se me subía a la cabeza, todo ese verde y la visión de todos esos colores. Era la naturaleza de afuera que entraba en la perfumería, eso me emocionaba, por así decirlo. Me daba vergüenza, al margen de que las flores cuestan muy caras sabía que los clientes hacían grandes sacrificios para regalármelas. Entonces siempre me esforzaba por guardar una o dos para ponérmelas en el ojal. Eso me exigía una gran sangre fría, en cierta manera era una pequeña victoria sobre mí misma. A los clientes les gustaba ver sus flores contra mis senos. Y lo que me tranquilizaba era que ellos también se las comían. Se inclinaban sobre mí y, ¡zas!, de un mordisco me las cortaban del escote y luego las

masticaban con un aire goloso mirándome de hito en hito. A mis clientes los encontraba encantadores en general, de lo más lindos. Se interesaban cada vez más en mi trasero, ése era el único problema. Quiero decir, e invito a todas las almas sensibles a que salteen esta página por respeto a sí mismas, quiero decir que mis clientes tenían antojos raros, ideas totalmente contra natura, si entienden lo que quiero decir. Las primeras veces, me dije que, después de todo, si gracias a mí la cadena podía tener dinero extra, podía sentirme orgullosa y hacer todo para que las cosas anduvieran todavía mejor. Pero no sabía bien cuándo los clientes comenzaban a sobrepasar los límites, en cierta forma ignoraba hasta dónde llegaba mi contrato para preservar las buenas costumbres. Me llevó tiempo y coraje animarme a abrirme ante el director de la cadena. Curiosamente el director de la cadena se rió mucho y me trató de *niñita*, descubrí que había una cierta ternura en esa manera de llamarme y eso me emocionó hasta las lágrimas. El director de la cadena has-

ta me regaló una crema especial de la casa Yerling para ablandar las partes sensibles y hacer todo más fácil, ahí sí que me puse a sollozar. El director de la cadena debía estar verdaderamente orgulloso de mí para darme pruebas de tanta bondad. A continuación tuvo suficiente paciencia como para desperdiciar su propio tiempo y perfeccionar mi formación. Secó mis lágrimas. Me sentó sobre él y metió una cosa en mi trasero. Me dolió más que con los clientes, pero me dijo que era para mi bien, que ahora todo sería mejor, que no tendría más problemas. Sangré mucho, pero a eso no se lo podía llamar menstruación. Mis menstruaciones no habían vuelto desde el aborto. El director me dijo que fuera siempre muy cortés con los clientes. Y después ocurrió algo raro y en todo sentido indecoroso, y una vez más suplico a los lectores sensibles que no lean estas páginas. Empecé a tener muchas ganas, para llamar a las cosas por su nombre, de tener relaciones sexuales. En apariencia nada había cambiado, los clientes siempre eran los mismos. Honoré también, y tampoco

tenía nada que ver con el complemento de formación que me había concedido el director de la cadena. Además, ahora que a los clientes no les importaba más que mi trasero, yo hubiera preferido que se interesaran en mí de otra forma. Hacía gimnasia a escondidas para reducir mis nalgas, hasta seguía un curso de aeróbic, pero no lograba reducir el tamaño de mi trasero. Por el contrario, había engordado unos kilos. Sólo se me veía el traste. Entonces, para que los clientes se interesaran en otra cosa, voluntariamente dejé que se me abriera el escote y tomé la iniciativa. La primera vez que me puse a horcajadas sobre un cliente, las cosas anduvieron muy mal. Me llamó por nombres que no me atrevo a repetir aquí. Comprendí que sería difícil no dejarles la iniciativa a los clientes y por lo tanto obtener lo que quería. Entonces hice como en el cine. Me puse a hacer bromas y a hacerme la coqueta. A los clientes eso los volvía locos. Antes, adoptaba una actitud muy estricta, no era cuestión de que me permitiera la menor falta de gusto, estábamos en una

perfumería distinguida. Pero cuando empecé a introducir cosas de mi cosecha, me entristece decirlo, los clientes se volvieron como perros. De todos modos perdía algunos que parecían extrañar el antiguo estilo del establecimiento y soportaron mal la metamorfosis. Pero tenía muchas ganas, ustedes comprenderán. Al principio tuve miedo de perder demasiados clientes, que eso se advirtiera en la caja. Pero para mi gran sorpresa, me llegó un nuevo tipo de clientela, sin duda porque se corrió la voz. Los nuevos clientes tenían aspecto de buscar una vendedora como yo, que tuviera ganas de veras, que se meneara y todo eso, les ahorro los detalles. Comprendí entonces que había avanzado sobre la clientela de algunas otras perfumerías de la cadena, que eso había producido desorden, el director me exigió en términos no del todo galantes que me calmara. Hasta me dio una bofetada cuando le pregunté si quería aprovechar de mis servicios. Sin embargo, antes no se había hecho el difícil. Los clientes que ahora prefería eran aquellos que me pedían que los atara para

su masaje. Eso me transformaba. Podía aprovecharme como quería. En los espejos me encontraba linda, un poco roja por cierto, algo amorcillada, pero salvaje, no sé cómo decirlo. Había como altivez en mis ojos y en mi cuerpo. Cuando me levantaba, el cliente también tenía los ojos ardientes. Era como si estuviéramos en la selva. Había clientes tan enloquecedores que me los habría comido. Y a los que perseveraban en sus antiguas costumbres, a los que todavía no habían comprendido que el estilo de la casa había cambiado, los que todavía querían melindres, gestos temerosos y trasero, los ponía en su lugar había que ver cómo. Recibí golpes, sobre todo de quienes ya tenían la costumbre de pegarme antes de su masaje especial. Pero me daba igual. En mí pasaba algo tan extraordinario que hasta la sesión para ponerme en vereda que me hizo soportar el director de la cadena apenas me arrancó algunos gritos. Ahora él me encontraba demasiado desvergonzada, había adoptado un mal estilo, las *gatas calientes* no eran para la casa. Los clientes se habían queja-

do. Cuando me llevó tres días de fin de semana con su tesorero y sus doberman, el director de la cadena creyó que me haría perder para siempre el gusto por los chistes de doble sentido. Creyó que los antiguos clientes de nuevo podrían hacerle cumplir con su oficio a una *niñita* sabia y dócil y que mantiene los ojos bajos sin un murmullo. Y bueno, se equivocó. Lo extraordinario era que ahora eso me gustaba, quiero decir, no sólo los masajes que se pueden anunciar en la vidriera y la demostración de productos, no, todo el resto, por lo menos aquello en lo que yo misma tomaba la iniciativa. Por cierto quedaban clientes que se aferraban a sus antiguas costumbres. De todos modos no podía negarles todo, y sin embargo era preciso que tuviera mucho cuidado si no quería que el director de la cadena me enviara al centro de reeducación especial. El director de la cadena decía que era una gran desgracia, que hasta las mejores obreras tomaban el mal camino, que ya no se podía contar con nada. Decía que me había convertido, discúlpennme, en

una *verdadera perra*, éstos son sus propios términos. Honoré estaba encantado. Sus teorías se veían confirmadas. El trabajo me había corrompido. Ahora yo gemía bajo él. Muy pronto ya no quiso saber nada de mí; decía que yo le daba asco. Para mí era aburrido, ahora era siempre yo la que tenía ganas y estaba obligada a buscar mi satisfacción en la perfumería. Honoré me empujaba en brazos del estupro. También ahora me pregunto en qué medida Honoré no había advertido oscuramente las transformaciones de mi cuerpo. Puede ser que mis rollos y mi tez cada vez más rosada y como manchada de gris fueran lo que le disgustaba. No me resultaba práctico para mí concentrar mi actividad sexual solamente en la perfumería, porque además de no encontrar siempre clientes sensibles a mi nueva modalidad, tenía que acordarme de simular como antes con los antiguos clientes. Voy a intentar explicarme de la manera más clara posible, porque sé que no es fácil de comprender, sobre todo para los hombres. Con los nuevos, sobre todo con aquellos que se deja-

ban atar cómodamente, ahora podía trabajar a mi ritmo, dejarme ir, pegar los gritos que quería. Pero con los viejos clientes, al tener que refrenar mis ardores y aceptar sus antojos contra natura, saben de qué hablo, a veces de todos modos lograba satisfacerme. Y no faltaron viejos clientes que me hicieran notar en tono de reproche que mi forma de gritar había cambiado mucho. Por cierto, pues antes aparentaba. No sé si me siguen. Entonces era preciso que me acordara de pegar exactamente los mismos gritos que antes. También tenía que recordar los clientes a los que les gustaba que gritara y los clientes a los que no les gustaba que gritara. Pero es difícil simular cuando las sensaciones verdaderas nos llegan al cuerpo. No sé si me hago entender bien. Me imagino hasta qué punto debe ser chocante y desagradable leer a una joven que se expresa de cierta manera, pero debo decirlo a pesar de que ahora no soy exactamente la misma que antes, y que ese tipo de consideraciones comienza a no tener sentido para mí. En todo caso, la vida se volvía

complicada. Además de verme obligada a disfrazar mis sensaciones, les tenía cada vez más miedo a mis antiguos clientes, los llamados telefónicos escandalizados que podían hacerle al director. Ya no contaba con la confianza del director y me daba miedo que me echaran. Por suerte vino un morabito africano muy rico que alquiló mis servicios a precio de oro por una semana. El director estaba muy contento por la llegada del rico morabito, pero quería que las cosas ocurrieran en cualquier lado que no fuera la perfumería, un negro era algo delicado. La perfumería permaneció cerrada todo ese tiempo y los espíritus más caldeados se calmaron. Entonces muchos antiguos clientes se inclinaron por una supuesta perlita que el director había descubierto en las Antillas e instalado a todo trapo en Champú-Elysées, uno se pregunta de dónde había sacado los medios la cadena. El morabito fue encantador conmigo. Me llevó a su *loft* del barrio africano y me dijo que hacía mucho que buscaba a alguien como yo. De entrada nos divertimos, él valora-

ba mucho mi carácter. Yo, en verdad, me aprovechaba de eso. No se descubren sensaciones nuevas todos los días, sobre todo porque el morabito sabía especialidades de su país. Y entonces, después de haberse divertido mucho, el morabito se puso a hacer cosas raras. Me pasó ungüentos por el cuerpo, me auscultó, por así decirlo, parecía que buscaba algo. Mi piel reaccionó violentamente a los ungüentos, me ardía, me cambiaba de color, tenía ganas de decirle que se detuviera. El morabito me hizo beber licor de ojo de pelícano. También intentó someterme a hipnosis. Me preguntó si me sentía enferma. Entonces, para que parara un poco, me puse a contarle todo lo que había ocurrido en los meses anteriores. El morabito me dio su tarjeta, me dijo que volviera a verlo *si eso continuaba*. Simpatizamos. El morabito se reía mucho por la diferencia de nuestro color, él tan negro y yo ahora tan rosada, eso le despertaba el apetito. Siempre teníamos que ponernos en cuatro patas delante del espejo y pegar gritos de animales. Los hombres, de verdad, son extraños.

Todavía es demasiado pronto para que les cuente lo que vi en el espejo, no me creerían. Por otra parte, me heló a tal punto la sangre que durante mucho tiempo evité pensar en ello. El morabito me mandó a casa al terminar la semana. Insistió, en la puerta, en que volviera a verlo *si eso se agravaba*. Me pellizcó bajo el pulóver por última vez. Creí que lo hacía por gentileza, como los veinte euros suplementarios que me dio y que me permitieron volver a casa de Honoré en taxi. Pero en la escalera me di cuenta de que me había hecho un moretón. Era como si el moretón se acentuara. Tomaba tintes violetas, marrones. Honoré estaba furioso por esa semana de pasantía, sospechaba algo. Yo escondía el moretón lo mejor que podía. Honoré no quería tocarme más, pero no había perdido la costumbre de echarme el ojo todas las noches cuando me duchaba, y también tenía que ceder a algunos de sus caprichos; pero sólo con la boca. Toda desnuda, al hacerle esas cosas a Honoré, era difícil esconder el moretón que estaba justo encima de mi seno derecho. Hono-

ré sin embargo no pareció advertir nada, y no habló más de mi aumento de peso, tan evidente sin embargo. El moretón se convertía en un círculo bien redondo, marrón rosado. Tenía menos ganas de tener relaciones, eso estaba pasando. Los clientes atados me aburrían. Los clientes violentos me cansaban cada vez más. Había una especie de integristas que venían en grupo para *corregirme*, decían, y no tenían más que la palabra *desgraciada* en la boca. El director encauzaba una clientela cada vez más especial hacia la tienda. Hasta vi llegar al tipo que se había encadenado a mi camilla de aborto, me la hizo ver de todos los colores. Estaba totalmente cubierta de moretones ahora, pero sólo el que tenía en el pecho no desaparecía. Terminaba por darme asco a mí misma. El moretón se transformaba poco a poco en una tetilla. Poco a poco se cubría de esa especie de gránulos que hay en la piel de los pezones, y una protuberancia bastante marcada se formaba en la superficie, hasta empezaba a tener punta. A fuerza de ver a todos esos revirados me pregunté si

no estaba a punto de sufrir un castigo de Dios, díganme un poco. En todo caso, mis menstruaciones volvieron, ya era algo. No tenía más ganas de nada, y mi trabajo me resultaba muy penoso. Hasta me puse a soñar con una pequeña perfumería bien tranquila, en un suburbio lejano donde sólo tuviera que hacer demostraciones. Me vine muy abajo. Estaba muy desmoralizada. Esa tetilla de más era lo que más me preocupaba y después también mis menstruaciones, paradójicamente. Estaba muy contenta de que hubieran vuelto, pero como siempre me dejaban por el suelo, estaba muy cansada y ya no tenía ánimo para nada. Parece que es hormonal. Tal vez, también me resultaba lógicamente inquietante no haber sido fecundada, en vista de que me lo habían prevenido en la clínica. Mis menstruaciones eran de una abundancia excepcional, una verdadera catarata, como para pensar de nuevo en un aborto espontáneo. Pero estaba decidida a no consultar más a ningún ginecólogo. De todos modos no tenía dinero. Ahora comprendo que aunque

hubiera estado embarazada, ya en ese momento no habría podido tener más que abortos. Y era mejor así.

Me costaba acostumbrarme al nuevo ritmo de mi cuerpo. Tenía mis menstruaciones más o menos cada cuatro meses, precedidas justo antes por un corto período de *excitación sexual*, para llamar al pan pan. El problema era que a pesar de que mi nueva clientela se había asentado bien, todavía quedaban algunos antiguos clientes. Estaba obligada, por un lado, a hacer como si estuviera constantemente en ese estado de excitación, por el otro, a simular siempre frialdad. Era cansador. Me enredaba con mis estados, en qué momentos tenía que simular y en cuáles disimular. Eso no era vida. Jamás podía estar *de acuerdo* con mi cuerpo; sin embargo, la *Revista Gilda* y *Mi belleza mi salud*, que recibía en la perfumería, no cesaban de advertir que si uno no alcanzaba esa ar-

monía consigo mismo, se arriesgaba a un cáncer, un *desarrollo anárquico de las células*. Cada vez más, me refugiaba en la placita entre dos clientes, los hacía esperar un poco. Corría riesgos con el director, pero no podía más. Robaba las cremas aconsejadas por las revistas y las extendía cuidadosamente sobre mi piel, pero no me hacían nada. Estaba siempre igual de cansada, mi cabeza estaba siempre tan enredada y el *gel micro-celular especial epidermis sensible contra las irregularidades que afean* de la casa Yerling no parecía siquiera querer penetrar. Honoré decía que sin duda era el único. Honoré se volvía vulgar, seguro que sospechaba algo. Además de desarrollar una profunda grasa subcutánea, mi piel se volvía alérgica a todo, hasta a los productos más caros. Se tornaba desagradablemente gruesa y se revelaba hipersensible, cosa que era una bendición cuando tenía, para hablar crudamente, mis *calenturas*, pero una verdadera contra para todo lo relativo a los maquillajes, los perfumes y los productos del hogar. Sin embargo, fuera en mi trabajo o

para mantener la casa de Honoré, me veía obligada a usarlos. Pero no fallaba jamás: me cubría de placas rojas y después de la crisis mi piel se volvía todavía más rosada que antes. Y podía pasarme todas las cremas del mundo sobre mi tercera tetilla: no le hacían nada, no quería desaparecer. Cuando empecé a ver que se inflaba como un verdadero seno, creí que iba a desmayarme. Si eso continuaba, no tendría más remedio que ir a la clínica a hacerme operar, y no tenía un solo peso. Las revistas femeninas ofrecían direcciones de cirujanos plásticos, y daban por sobrentendido que con las chicas más lindas serían condescendientes, pero yo no quería meterme de nuevo en historias de nunca acabar. Tenía una terrible necesidad de calma. Ya no respondía a ninguna invitación de fin de semana. No era que esas grandes casas de campo no me gustaban, pero como se dice, el gato escaldado ve leche y llora. Una granja, hasta un establo me hubieran venido muy bien, pero sola, tranquila. Siempre roncaba al dormir, una vez hasta debo confesar que me oriné encima. Veía

con claridad que Honoré contenía sus deseos de echarme a la calle. Todavía le estoy agradecida por su bondad, por su paciencia, nada lo obligaba a seguir teniéndome ahora que había dejado de atraerlo sexualmente. Hasta llamé a mi madre por teléfono para saber si podía volver con ella de ser necesario, pero eludió la pregunta. Por lo que siguió entendí que mi madre había ganado una pequeña suma al Loto y que contaba con radicarse en el campo, pero no quería decirme nada para estar segura de que no me le instalara como un parásito. Mis días, por el momento, se limitaban a acechar el mínimo minuto en que podía escaparme entre dos clientes. El director me había reprochado un cierto descuido en la vestimenta, pero no se daba cuenta de que mi viejo guardapolvo, que me hacía seguir usando, no era para nada tan sexy como antes. Era demasiado estrecho, el blanco se había deslucido y mis rollos habían hecho que se abrieran demasiadas costuras. Sin duda tenía una facha un poco lamentable. Estaba tan cansada. Mis cabellos se erizaban como crines y se

me caían a puñados, se volvían difíciles de domar. Les ponía bálsamos, me los marcaba para disimular, pero mi falta de gusto para todo eso resultaba totalmente evidente. Siempre tenía erupciones cutáneas imposibles de disimular porque no podía soportar más ni el polvo ni la base; y quede claro que ya no me maquillaba, basta de rímel, basta de sombra, todos esos productos me daban alergia. Mis ojos en el espejo me parecían ahora más pequeños y más juntos que antes y, sin polvo, mi nariz adquiría un airecito porcino totalmente desastroso. Ahora lo único que soportaba era el lápiz de labios. El director de la cadena me forzó a bajar el precio, y para no perjudicar a la empresa tuve que reducir mi porcentaje, no ganaba más que para pagar los transportes y la comida, el resto se lo daba a Honoré para el alquiler. La clientela empezó a cambiar de nuevo. Como los precios bajaban y yo tenía un aspecto menos elegante, también menos difícil, los mejores clientes se ofuscaron y se fueron. Lo peor se los he ocultado. Lo peor eran los pelos. Me aparecían en las

piernas y hasta en la espalda, largos pelos finos, translúcidos y sólidos, que resistían a todas las cremas depilatorias. Estaba obligada a usar a escondidas la afeitadora de Honoré, pero al final de la jornada se me ponía áspero todo el cuerpo. Los clientes no lo apreciaban mucho. Por suerte, quedaban los fieles, un puñado de tipos dulces. Ésos siempre me hacían ponerme en cuatro patas, me olisqueaban, me lamían, y hacían sus cositas bramando, pegaban gritos de ciervo en celo, en fin, ese tipo de cosas. El morabito, que tenías su gustos, me llamó por teléfono algunas veces y me incitó a visitarlo, en *consulta*, precisó. Pero estaba demasiado cansada y temía que se descolgara con una nueva especialidad. Por suerte, cuando mis calenturas volvieron, de nuevo me puse en forma y de nuevo me interesé mucho en mi trabajo; por suerte, porque el director me esperaba con toda la artillería. El director no estaba para nada contento conmigo. Me exigió que bajara de peso y que me maquillara, hasta me compró un guardapolvo nuevo. “*Es tu última oportunidad*”,

me dijo. Pero ni con la mejor voluntad del mundo pude volver a ser la que era. La tienda perdió más jerarquía. Yo casi había pasado a la última categoría. Recibía clientes verdaderamente piojosos y sin ninguna educación. Se olía a fiera en la perfumería, pero no era eso lo que me molestaba. No, lo que me resultaba penoso, en medio de toda esa brutalidad, era que no recibía más flores. Comprenderán entonces que me encantara refugiarme a menudo en la plaza, a pesar de que no cabe duda de que faltaba así a las reglas más elementales del trabajo. En la plaza siempre encontraba botones de oro, era primavera de nuevo, y los masticaba lentamente a escondidas, les encontraba un gusto a manteca y a pasto carnosos. Miraba los pájaros, había gorriones, palomas, a menudo estorninos, y sus cantitos patéticos me arrancaban lágrimas. Una pareja de cernícalos anidaba justo encima de la perfumería, nunca me había dado cuenta. A veces me parecía que comprendía todo lo que decían los pájaros. También había gatos y perros, los perros siempre ladraban al ver-

me y los gatos me miraban con un aire raro. Tenía la impresión de que todo el mundo sabía que comía flores. Cuando llegó el verano no volví a encontrar tantas flores y me arrojé sobre el pasto tontamente, y en el otoño descubrí las castañas. Son ricas las castañas. Ya no me tomaba el trabajo de esconderme, salvo de los clientes que pudieran pasar; me había dado cuenta de que a todos les importaba un pito lo que yo pudiera hacer. Pelaba con facilidad las castañas, mis uñas se habían vuelto muy duras y más curvadas que antes. Mis dientes también eran muy sólidos, nunca lo hubiera creído. Las castañas se deshacían bajo mis molares, largaban un chorro de jugo pastoso y sabroso. En dos mordiscos las liquidaba, me hacía falta otra. Un día la señora de negro, la amiga de mi vieja clienta, me dio un euro. Creía que tenía hambre. En un sentido no era falso. Tenía hambre todo el tiempo, no importa lo que hubiera comido. Habría comido cáscaras, frutas pasadas, bellotas, gusanos de tierra. Lo único que verdaderamente seguía sin poder pasar era

el jamón, y también el paté, y la salchicha y el salame, todo lo que sin embargo es práctico para hacer sandwiches. Ni los sandwiches de pollo me daban el mismo placer que antes. Comía sandwiches de papa cruda. Seguramente se podían tomar por huevos duros, de lejos. Un día, Honoré compró chicharrones en una casa de comidas elegante. Creyó que me complacería ocupándose por una vez de la comida y organizando una fiestita de embutidos para los dos en casa. Y bueno, cuando vi los chicharrones no pude contenerme un segundo: vomité ahí mismo, en la cocina. Honoré frunció los ojos con asco, en cierta forma eran los chicharrones de la última oportunidad para nosotros. En toda la noche no pude calmarme. Temblaba, tenía sudores fríos que apestaban todo el departamento. Honoré se fue pegando un portazo y dejándome sola con los chicharrones puestos sobre la mesa. Estaba arrinconada en la cocina, para llegar al living tenía que pasar delante de la mesa y me resultaba imposible obligarme a hacerlo. Pasé una noche horrible. Apenas

me dejaba caer sobre un taburete, imágenes de sangre y de degüello me venían a la cabeza. Veía que Honoré abría la boca sobre mí como para besarme y me mordía salvajemente en el tocino. Veía que los clientes aparentaban comerse las flores de mi escote y clavaban sus dientes en mi cuello. Veía que el director arrancaba mi guardapolvo y aullaba de risa al descubrir seis tetillas en lugar de mis dos pechos. Esa pesadilla fue lo que me hizo despertar sobresaltada. Corrí a vomitar al baño, pero el olor de los chicharrones me revolvió el estómago todavía más. Fue como si el interior se me diera vuelta, el vientre, los intestinos, las tripas, todo para afuera como un guante dado vuelta. Vomité durante varios minutos sin poder parar. Después sentí la necesidad urgente de lavarme. Me froté todo el cuerpo, me enjaboné los mínimos rincones, me quería sacar todo eso. Había un olor muy particular pegado a mi piel. Sobre todo los pelos me daban asco. Me sequé cuidadosamente con una toalla bien limpia, me froté con talco y me sentí un poco mejor. A conti-

nuación me afeité las piernas y, como pude, la espalda. Me saqué un poco de sangre, es difícil afeitarse la espalda. La visión de la sangre me petrificó. Me quedé allí, sentada en el suelo sobre mi trasero con la sangre corriendo. No lograba sacarme de la cabeza esas visiones de degüello, la sangre que chorrea de la carótida, el cuerpo agitado por sobresaltos. Sin embargo nunca había visto degollar de verdad. La única persona degollada que conocía era mi clienta de antes, la que había sido asesinada y cuya amiga iba a la plaza. La amiga me había dicho que el degüello había sido sólo el final para ella, que había durado mucho todo lo que le habían hecho, que tenía sangre coagulada por todas partes cuando la encontraron. Prefería no pensar en eso. Sé que un diario publicó las fotos, un cliente se había empeñado en regalármelo y hasta había pretendido que le hiciera cosas especiales mirando las fotos. Me negué. El cliente se quejó al director, era la primera vez que un cliente se quejaba. Por suerte, justo después fue la ceremonia en que fui consagrada mejor

obrero. La quería a mi vieja clienta, pero no era tanto por eso por lo que me había negado a ver las fotos, sino sobre todo porque ya advertía que no podría soportar la visión de toda esa sangre. Por un lado, soñaba con sangre todas las noches, tenía como ganas de clavar un cuchillo en un cuello. Por otro lado, la carne sangrienta era lo que más me repugnaba. En esa época no entendía tales contradicciones. Ahora sé que la naturaleza está llena de contrarios, que todo se acopla sin cesar en el mundo, en fin, les ahorro mi pequeña filosofía. Sepan de todos modos que ahora a menudo tengo que deshacer de un mordisco un pequeño ser de la naturaleza y que ello no me produce ni asco ni afectación. Hay que procurarse la propia dosis de proteínas. Lo más fácil son los ratones, como hacen los gatos, o también los gusanos de tierra, pero dan menos energías. Esa noche, cuando la sangre corrió sobre mi espalda, no pude levantarme antes de que pasaran muchas horas. Curiosamente no tenía frío. Estaba desnuda sobre las baldosas, pero mi piel se había

vuelto tan gruesa que me mantenía, por así decirlo, caliente. Cuando por fin logré moverme, se produjo como un desgarramiento en mí, como si ejercer mi voluntad le exigiera terribles esfuerzos tanto a mi cerebro como a mi cuerpo. Quise ponerme de pie y curiosamente era como si mi cuerpo se hubiera dado vuelta. Me encontré en cuatro patas. Era horroroso, porque no lograba hacer girar mis caderas. Tenía el cuarto trasero como paralizado, a la manera de los perros viejos. Tiraba de mi cintura, pero no había nada que hacer, no podía ponerme de pie. Esperé mucho tiempo. Me costaba dar vuelta la cabeza para mirar tras de mí. Tenía la impresión de que el baño estaba lleno de antiguos clientes que se burlaban y sin embargo sabía de memoria que estaba sola. Tenía mucho miedo. Por fin, fue como si de nuevo se soltara un interruptor en mi cerebro y en mi cuerpo, mi voluntad en cierta forma se enrolló como una bola en mis riñones, empujé, logré ponerme de pie. Es la peor pesadilla que tuve en mi vida. Como consecuencia me quedó una es-

pecie de dolor constante en las caderas, una suerte de calambre, y una cierta dificultad para mantenerme bien derecha. Estaba tan trastornada por todo lo que acababa de ocurrir que sentí necesidad de mirarme en el espejo, en cierta forma de reconocerme. Vi mi pobre cuerpo, cómo se había arruinado. De mi antiguo esplendor, todo o casi todo había desaparecido. La piel de mi espalda estaba roja, velluda y tenía unas extrañas manchas grisáceas que se extendían a lo largo de la columna. Mis nalgas, antes tan firmes y tan bien torneadas, se derretían bajo un montón de celulitis. Mi trasero estaba gordo y liso como grano. También tenía celulitis en el vientre, pero una celulitis rara, a la vez colgante y fibrosa. Y allí, en el espejo, vi lo que no quería ver. No era como en el espejo del morabito, pero era igual de terrible. La tetilla que tenía encima de mi seno derecho se había desarrollado y era una verdadera teta y había otras tres manchas en la parte delantera de mi cuerpo, una arriba de mi seno izquierdo y las otras dos, bien paralelas, justo debajo. Conté y

volví a contar, no era posible equivocarse, sin duda sumaban seis, de las cuales tres senos ya estaban bien formados. Amanecía. Un súbito impulso se apoderó de mí. Me eché un tapado encima y me fui directo al muelle de la Mégisserie. Esperé que abrieran las tiendas. Me tomé mi tiempo para elegir. Compré un lindo chanchito de la India con ojos verdes, una hembra, los machos me daban un poco de asco con esas cosas grandes que tenían. Y luego compré un perrito. Me costó caro. Ahora son bastante raros los animales. Pero no tuve necesidad de comprar una correa. El perrito se puso a seguirme por sí solo con aire intrigado, olisqueaba sin cesar mi huella. El chanchito de la India dormía en mis brazos, era de lo más lindo, con un aire pacífico y feliz. El perrito me husmeaba con circunspección, daba la impresión de buscar algo. Mi caso de inmediato lo apasionó. Ante cada perro con el que se cruzaba en la calle, me señalaba con el morro. Los otros perros me miraban con los ojos grandes. Muy pronto me cansé. Buscaba un compañero, alguien

que me comprendiera y me consolara, no alguien que me exhibiera como a un fenómeno de circo. No extrañé al perrito cuando Honoré lo tiró por la ventana, sólo los pesos que me costó. Honoré volvió borracho como una cuba. Olía a hembra, sin duda una de sus alumnas. De inmediato se puso a gritar contra mi *manejo de la casa*. Comprendí que decididamente nuestra pareja se iba a pique. Aullando le dije que si tocaba un cabello de la cabeza de mi chanchito, era él, Honoré, el que iba a salir por la ventana. Esa mañana no fui a la perfumería. O más bien, fui furtivamente a levantar la cortina y robé perfumes y productos de belleza. Sé que no está bien, pero estaba un poco desorientada, en mi estado normal no hubiera hecho eso. Me embarqué en el operativo de la última oportunidad. Vendí los productos en la calle y fui a ver a una dermatóloga. Era absolutamente necesario que estuviera hermosa para cuando Honoré volviera. La dermatóloga pegó unos tremendos gritos cuando me auscultó. Me dijo que jamás había visto una piel en ese esta-

do. Se puede decir que encontró las palabras justas para consolarme. Le dije que todo lo que quería era poder maquillarme un poco esa noche y oler menos mal. La dermatóloga me dijo que ella no era especialista en belleza. La dermatóloga era una mujer verdaderamente muy elegante, me sentía una calamidad frente a ella. De todos modos me inyectó una especie de suero, me dijo que hay enfermedades que se contraen sobre todo en las plazas, con todas esas palomas. A continuación me preguntó, con aire de sospecha, si había tenido relaciones sexuales en los últimos tiempos. No me atreví a responderle. La dermatóloga levantó los ojos al cielo y me inyectó una segunda dosis de suero. Me dio un terrible dolor de cabeza y náuseas. La dermatóloga me rogó que no vomitara en su alfombra. Todo eso me costó muy caro. Pero esa noche pude maquillarme sin alergias demasiado importantes y la afeitada pareció durar un poco más que de costumbre. Ese mismo día también cometí una locura: compré un vestido de mi talle. La vendedora me dijo que en 48 no

encontraría más que ese modelo. El vestido sin embargo era lindo, amplio, por cierto, con talle princesa y cuello alto, pero vaporoso y ligero y, en síntesis, muy femenino. Cuando regresé a casa no me quedaba un solo peso. Pero encontré como un momento de respiro. Pude tomar un café sin vomitar todo y descansar un poco en un sillón.

Cuando Honoré volvió, me dijo que olía bien. Me había inundado de Yerling. Honoré me besó en la frente y me dijo que, dado que esa noche estaba tan bonita, me invitaba al Aqualand como recuerdo de nuestro encuentro. Yo hubiera llorado de alegría. Había una cabina reservada a nombre de Honoré cuando llegamos. Eso me dio un inmenso placer y me pareció de buen augurio que hubiera organizado todo por su cuenta. En la cabina, Honoré se forzó a sí mismo y me sodomizó. Creo que ni siquiera podía pen-

sar en mi vagina. Indinada hacia adelante tenía, por así decirlo, una visión privilegiada de mi vulva y me pareció que sobresalía extrañamente; no quisiera infligirles demasiados detalles pero en cierta manera los labios mayores colgaban un poco más que lo normal y por eso podía verlos bien. En *Mujer mujer* o *Mi belleza mi salud*, ya no me acuerdo, había leído que el plato preferido de los romanos, y el más refinado, era la vulva de chancha rellena. La revista se rebelaba contra esa práctica culinaria tan cruel como machista hacia los animales. Yo no tenía ninguna opinión sobre el asunto, nunca tuve opiniones muy claras en política. Honoré acabó. Salimos de la cabina. Yo había insistido en volver a ponerme el vestido para la cena. Un vestido tan lindo, habría sido una lástima no aprovecharlo un poco más, un vestido de mi talle, en el cual podía respirar. Tuvimos una cena muy agradable. Había una selección de ensaladas exóticas. Honoré me dejó comer todo lo que quería, y sin embargo costaba un ojo de la cara. La única cosa que me fastidiaba un po-

co es que había dejado el chanchito de la India en casa, ya lo extrañaba. Por suerte, Honoré estaba tan encantador que hacía que lo olvidara. Era un animalito verdaderamente adorable. Estuve a punto de sentirme mal cuando Honoré se empeñó en hacerme probar su pécarí al ananá, pero logré tragarlo. Sentía que mi maquillaje se corría, tenía mucho calor. Por suerte ahora no sentía ninguna de las comezones que anunciaban las alergias. Bajo las palmeras, ante los ventiladores que imitaban los vientos alisios, uno casi podía creer que estaba en una isla feliz, todo era maravilloso. A Honoré todo eso lo ponía en forma. No me caía tan mal porque sentía que volvían mis calenturas. Honoré se levantó antes del postre y me dijo que lo acompañara a la cabina. Me sentía un poco molesta frente a todos esos negros con taparrabos que nos abanicaban, pero era evidente que habían visto a otros haciendo lo mismo. Honoré, en el camarote, me dio un paquete de regalo con los célebres escudos de la casa Lobo-Ahí-Estás, el gran nudo de peluche plateado y todo. Me pu-

se a llorar. Honoré me retó por ser tan sentimental. En el paquete había una malla de baño de lujo, muy escotada. El propio Honoré me sacó el vestido y lo arrojó hecho una pelota a un rincón, me dolió un poco que tuviera tan poco cuidado. A continuación me hizo poner la malla. Yo no quería; pero ¿cómo negarme? La malla de inmediato se rompió. Honoré estaba tan furioso que me forzó a salir de la cabina con ese atuendo. Por suerte los negros ni pestañearon. Honoré me empujó al agua. Era el momento de las grandes olas. El contacto del agua de inmediato me produjo una especie de onda de terror. Advertí que apenas flotaba y que casi no sabía nadar. Estaba obligada a mover las manos y los pies debajo de mí, era de nuevo como si mis articulaciones se bloquearan en ángulo recto. Yo, que antes disfrutaba tanto del agua; yo, que siempre encontraba un delicioso consuelo aquí, en el Aqualand, en todo ese líquido azul y cálido, hete aquí que me sofocaba, el corazón me latía a toda velocidad en medio del agua, sentía pánico, no lograba salir. Ho-

noré se quedó consternado al ver eso. No tuvo más remedio que admitir las cosas como eran. No era para nada aquella que había conocido. Un muchacho joven me tendió la mano, se la aferré, pero el sinvergüenza me soltó riéndose a carcajadas, me trató de vaca torpe. Me puse a llorar. Honoré se fue sin darse vuelta, debía estar muerto de vergüenza. Cuando volvió, venía del brazo de una de esas negras con tanga que reciben a los clientes. Ya se sabe quiénes son las negras del Aqualand. Honoré apestaba a vino de palmera. Yo de todos modos estaba contenta de volver a verlo, porque era él quien tenía la llave de la cabina y todas mis cosas estaban adentro. Me cubrí como pude bajo un mangle de vinilo rosa, pero había toda una banda de chiquilines que me tomaban el pelo, encabezados por el que me había insultado. Tiraban del último bretel de mi malla y querían forzarme a soltar los andrajos que todavía cubrían mi trasero. Se había formado un flor de lío alrededor de mí, se lo juro. Honoré no tenía aspecto de que eso le hiciera gracia. Despidió a la negra,

no quería ningún tipo de testigo, y me dijo que verdaderamente yo estaba más allá de todo, que lo había engañado, que era una sucia perdida. Ésas son sus palabras. Honoré lloraba. Habría dado todo por poder consolarlo, se me estrujaba el corazón de verlo así. Pero no podía salir de mi mangle, por decencia. La cretina de la negra volvió a buscar a Honoré y yo no soy tonta, sin duda bien que lo consoló. La última palabra de Honoré al partir fue decirle a los chiquilines que había que darme una lección. Los chiquilines me arrojaron al agua. Estuve a punto de ahogarme. Eran una buena media docena, la malla no resistió más. Cuando tuvieron suficiente de mí, les supliqué que me trajeran el vestido, o una toalla por lo menos, pero, piénsenlo, ya no quedan niños. Me dejaron ahí, en el agua. No podía más. El Aqualand cerraba sus puertas y yo me quedaba ahí, desnuda como una idiota. Uno de los fornidos negros que actuaban como maestros de natación vino y me dijo que si seguía haciendo desorden llamaría a la policía. Con todo lo que ocurre en

el Aqualand, yo sabía muy bien que no iba a hacerlo. Le supliqué que me diera algo que ponerme. Se echó a reír como la ballena disecada que decora el fondo del salón. Pasado un momento, de todos modos, me arrojó una especie de bata, pero demasiado pequeña. Salí del agua como pude. En ese momento vi llegar a unos gendarmes y me dije que era el fin, que por primera vez en mi vida, a mí, que siempre había llevado una existencia honesta, iban a llevarme presa. Me eché a llorar. Pero los gendarmes no venían por mí. Acompañaban a un montón señores muy bien que desembarcaban al borde de la piscina. Y sin embargo el Aqualand ya estaba cerrado. Las negras con tanga ponían collares de flores alrededor del cuello de los señores, los señores les ponían billetes en la tanga. De pronto, se formaron parejas entre los señores y las negras, y entre los señores y los negros también, se ve cada cosa. Además, algunas no esperaron mucho tiempo para hacer sus cositas y se tiraron vestidos al agua con sus negro o su negra, yo me quedé patitiesa al ver eso.

Sin embargo, sabía que en las veladas privadas del Aqualand no se la pasaba mal, sobre todo en el agua. Después alguien habló por micrófono y una gran mesa cargada de comida y de bebida avanzó sola hasta el borde de la piscina. Los señores se abalanzaron sobre ella, otros abrieron botellas de champagne en el agua y chorreó por todas partes, con lo que cuesta. Una patinadora vino a hacer strip-tease en la pasarela que había sobre el agua. Yo temblaba de que me descubrieran, sobre todo porque los señores empezaban a estar seriamente borrachos y, lo sabía por Honoré, el alcohol desnaturaliza totalmente a la gente. Un hombre que ha bebido, lo digo para las jovencitas a quienes les permitan leer este testimonio, un hombre que ha bebido olvida su amabilidad natural. Sin duda lo mejor para las jovencitas de hoy, me permito expresar esta opinión después de todo lo que he vivido, es encontrar un buen marido, que no beba, porque la vida es dura y una mujer no funciona como un hombre, y además no son los hombres quienes van a ocuparse de los niños, y to-

dos los gobiernos lo dicen, no hay suficientes niños. La patinadora terminó su número trepándose desnuda a una palmera para desplegar un anuncio inmenso y entonces todo el mundo aplaudió. Decía: *Edgar* algo, *por un mundo más sano*. Intenté escuchar el discurso que siguió, pero siempre me ha costado concentrarme en esas cosas porque no he hecho demasiados estudios. Lo que comprendí es que el señor decía que todo iría mejor; que estábamos en un período de transformación muy sucio pero que con él se superaría. Me enteré de que habría elecciones. Edgar tenía aspecto agradable, me dije que no me arriesgaba a nada después de todo, que si las cosas se ponían feas siempre podría prometerle mi voto. Salí lo más discretamente que pude de mi mangle. Todo el mundo estaba borracho. Había una música atronadora ahora, las luces se apagaron, me dije que eso protegería mi huida. Rayos láser que salían de no sé dónde empezaron a dar vueltas y a girar en el salón, todos se zarandeaban y se empujaban al agua, a mí me costaba un poco orien-

tarme. Caí de lleno en las garras de un tipo que no estaba borracho. Me metió un gran revólver contra la sien. Creí morir. Me empujó a una piecita del costado. Unos señores con chalecos antibalas me hicieron un montón de preguntas. Les dije que había venido a cenar con Honoré, que me había regalado una malla, que mi malla se había roto, pero eso no pareció satisfacerlos. El que tenía el revólver más grande habló por un teléfono portátil y preguntó qué había que hacer conmigo. Me miró y dijo: *“No, nada del otro mundo”*. Eso me dolió. Entonces cortó y se volvió hacia sus hombres y dijo esta otra frase: *“Los jefes no nos dejan más que las morcillas”*, dijo. Eso me dolió todavía más. Pero los hombres me miraron como si eso les hubiera dolido más a ellos. Tuve mucho miedo. Al final no me mataron. Sólo se divirtieron un poco con sus perros. Y después adoptaron un aire por así decirlo asqueado y nos detuvieron justo en el mejor momento. Uno de los hombres aferró su revólver y dijo: *“Hay que abatir a esta perra”*, yo no había visto más que ma-

chos. Ahora comprendo el sentido de la frase. En ese momento entró un señor con traje. Preguntó qué ocurría, y me liberó con bastante galantería. Los hombres con chaleco antibalas no dijeron nada y el tipo excitado guardó su arma. El señor dijo que había oído gritos, como cuando se degüella a un chancho. Me miró con una especie de piedad. Me sacó de allí y me ofreció un vaso de ron. Se veía que reflexionaba mientras me miraba. Me preguntó cómo me sentía y todo eso. Y entonces me arrojó una toalla para que me limpiara y le pidió a una negra que fuera a buscarme un vestido. Imagínense un poco, dos vestidos nuevos el mismo día. Y lindos además. El señor llamó a alguien por su teléfono portátil y vi llegar, no me van a creer, a una de mis antiguas compañeras vendedoras. No dijo nada al verme, pero saltaba a los ojos que se preguntaba qué podían ver en mí y por qué era yo quien estaba allí y no ella. Me peinó tirándome de los cabellos, dijo que no se podía hacer nada, el señor dijo que no era grave. *“Cuanto más aspecto de zopenca*

tenga, mejor será”, dijo. No me atreví a protestar. La vendedora me maquilló. Fue como si acentuara el aspecto de granjera rubicunda de mis mejillas, veía con claridad que lo hacía a propósito, pues ahora sabía de maquillaje. No tenía más que un temor, que el suero de la dermatóloga no tuviera efecto el tiempo suficiente. La vendedora me asperjó con Lobo-Ahí-Estás frunciendo la nariz. El señor despidió a la vendedora y me hizo subir con él a una oficina donde estaban el señor Edgar y otros dos señores muy bien más dos o tres chicas. *“Encontré la perla”*, dijo el señor con aire triunfal. Entonces Edgar y los dos señores me miraron con aire extasiado. Eso me levantó la moral, qué quieren que les diga. Me pellizcaron por todas partes, me miraron el blanco del ojo y los dientes, me hicieron dar vueltas, sonreír y despidieron a las otras chicas. Ya me veía haciendo una gran carrera en el cine, y bueno... no estuve demasiado lejos de la verdad. Figúrense que dos minutos después apareció un fotógrafo con una Polaroid que empezó a ametrallarme. Entonces

los señores no se ocuparon más de mí, estaban los tres inclinados sobre las fotos. Yo tenía grandes esperanzas, me preguntaba qué me podían ver. “*¡Por un mundo más sano!*”, se puso a bramar uno de los señores, y se echaron a reír muy fuerte. Creí que se burlaban de mí. El fotógrafo me llevó a su casa. Toda la noche tuve que posar para sus fotos, y vamos que te cambio la luz, y vamos que te vuelvo a empolverar el hocico. El suero de la dermatóloga se mantenía bien, pero yo estaba reventada. Todas esas emociones, me parecía que había tenido suficiente por ese día. Bostezaba y el fotógrafo me insultaba, era preciso que sonriera y que me pusiera de tal y tal forma, díganme un poco. El fotógrafo me echó a la calle tras meterme un fajo de billetes en la mano. Eso me pareció correcto. Lo único que lamentaba era no haber visto el fin de la fiesta en el Aqualand, yo que jamás en la vida había sido invitada a festicholas de esa clase.

Volví a casa de Honoré porque no sabía a dónde ir. Tuve una fea sorpresa. Honoré había puesto todas mis cosas en el palier, mis muestras de productos de belleza, mi ropa interior, mi guardapolvo blanco y mi pantalón gris demasiado ceñido. Por suerte me había ganado un vestido decente en el Aqualand. Junté mis cosas. Entonces, al recoger mi guardapolvo del suelo, advertí que estaba manchado de sangre. Lo solté de inmediato, con desagrado. Hizo un ruido blando sobre el suelo. Honoré había degollado a mi chanchito de la India y lo había metido en el bolsillo delantero de mi guardapolvo. No pude volver a tomar el guardapolvo. Vomité. Había sangre de chanco y vómito por todo el palier. Honoré no iba a ponerse contento al abrir la puerta. Me fui, me costaba caminar. Las caderas me ardían, sentía la cabeza muy pesada, me iba de bruces, era necesario que prestara atención para mantener derecho el cuello. Eso me daba como un calambre en la nuca y en la cintura. Me puse a caminar por el

suburbio. Era el amanecer. En un tacho de basura encontré dos bolsas de plástico para embalar mis cosas, era más práctico para caminar. Me detuve en un banco, a tal punto me dolían las articulaciones. Me hizo bien descansar un poco acurrucada. Los pájaros comenzaron a cantar. Reconocía a los mirlos, y hasta había un ruiseñor por el lado de las humaredas de Issy-les-Moulineaux. Hasta ese momento no sabía que era capaz de distinguir el canto de los ruiseñores. Había también algunas ratas que buscaban qué comer en el borde de los sumideros, pequeños ratones amarillos y un gato al acecho. Observé largo tiempo las maniobras del gato. Eso me dio hambre. Había pasado la noche entera sólo con la ensalada tropical en el estómago y además había vomitado todo. El cielo estaba gris pálido con franjas rosadas y las humaredas de las fábricas eran de un verde vivo en el alba; no sé por qué eso me hacía tanto efecto, estaba como si les dijera emocionada. Los mirlos y el ruiseñor empezaron a callarse, y ahora los gorrones piaban, los pequeños en sus nidos

reclamaban su ración. Me sentía increíblemente despierta y hambrienta. Rodé sobre mi costado y me deslicé del banco. Caí en cuatro patas. Estaba bien plantada en el suelo, éste se mantenía firme debajo de mí, ya no me dolía nada; sentía como un intenso descanso en el cuerpo. Entonces empecé a comer. Había castañas y bellotas. En ese lugar del suburbio habían plantado castaños americanos que se volverían rojo vivo en otoño. Sobre todo las bellotas eran deliciosas, como con un gustito a tierras vírgenes. Crujían bajo los dientes y luego las fibras se deshacían en la saliva, era coriáceo y fuerte, hacía bien a la barriga. Tenía un intenso gusto a agua y a tierra en la boca, un gusto a bosque, a hojas secas. Había muchas raíces también, que tenían un rico olor a regaliz, a hama-melis y a genciana, y en la garganta eran dulces como un postre, me hacían babear largos hilos azucarados. Se me subían hasta la nariz y con la lengua, ¡zas!, me lamía las babas. Vi la sombra de alguien que pasaba y logré enderezarme un poco, hacer como si buscara algo. La sombra desapa-

recio. Pero aparecieron otras a la vuelta de la esquina. Apreté los dientes y me senté sobre el banco. Había encontrado un pañuelo de papel en el tacho de basura y me limpié la cara. Estaba llena de baba y manchas de tierra encima. No tenía más hambre, había comido suficiente. Me quedé sentada un rato largo. Los pájaros se posaban sobre mí y trataban de picotearme las mejillas, la parte de atrás de las orejas, la comisura de los labios, allí donde quedaba qué comer. Eso me hacía cosquillas y me reía en medio de grandes agitaciones de alas. Era sobradamente hora de ir a trabajar. Y había cada vez más sombras que pasaban. El sol se había levantado casi del todo, el cielo estaba gris y dorado. La gente iba a tomar el subte. Nadie me miraba, sin embargo la gente pasaba justo delante del banco, evitaban mis bolsas plásticas. Todos tenían aspecto cansado. También había algunas mujeres con bebés en cochecitos. Los bebés eran rosados y gordos, tenía como ganas de ponerme los a la teta, o también de empujarlos con la nariz, de jugar, de morder. El cielo

se agrandaba sobre mí. Desde donde estaba, veía la parte alta de la torre donde vivía Honoré, había cada vez más luz en el cielo. No llegaba a distinguir exactamente su ventana pero me lo imaginaba mal afeitado, descompuesto por haber bebido demasiado, quizás todavía con la negra para que le hiciera café. Es triste decirlo, pero yo estaba mejor donde estaba. Sólo que la negra sin duda no sabría hacerle la mezcla que le devolvía el aplomo por la mañana cuando había bebido demasiado. A Honoré le hacía falta una verdadera mujer, alguien que sepa ocuparse de él. Las cosas sin duda habrían sido más simples si hubiera aceptado quedarme en casa, tener un hijo y todo eso. Sentía remordimientos y también vergüenza por no haber estado a la altura, y al mismo tiempo tenía ganas de ver el fin de la salida del sol. Sé que es difícil de comprender, pero no tenía para nada ganas de trabajar. Tenía todo ese dinero en el bolsillo, no iba a durar eternamente y sin duda habría hecho mejor en guardarlo, pero también me decía que una vez que hubiera pagado un

guardapolvo nuevo de trabajo para volver al empleo, no me quedaría gran cosa. He aquí que las palomas se pusieron a hacer gorgoritos. También había una murciélagu muy miope que no había logrado encontrar el camino a su casa y que revoloteaba de aquí para allá, ahíta de moscas. Yo comprendía que le daba miedo encontrarse afuera, al sol, los ultrasonidos que lanzaba a ciegas vibraban con una clara angustia en mis oídos. Yo no podía hacer gran cosa por ella. Extrañaba a mi chanchito de la India. El sol, curiosamente, no terminaba de levantarse. Distinguía cada vez menos las humaredas de Issy, los colores se borroneaban. Todo lo que veía ahora era el fondo muy rojo del cielo, y todo el resto eran sombras negras y blancas. Me froté los ojos. Vi normalmente de nuevo. Hasta me pareció percibir que la luz se apagaba en casa de Honoré. Unos minutos más tarde pasaba delante de mí, iba a tomar el subte y luego el tren para ir al trabajo. Los dos o tres días que siguieron me quedé en el banco para ver pasar a Honoré. Entonces debe haber llegado el

domingo porque no vino. Dudé de ir a misa. Tenía un extraño sentimiento de bienestar y de malestar a la vez, no sé cómo decirlo; pensaba que tal vez comulgar me haría bien. Caminaba cada vez peor, también, y como no tocaba para nada el dinero, pues comía y dormía bajo los castaños, me decía que tal vez haría bien en pagarme un médico. Estaba cada vez más convencida de que tenía algo en el cerebro, un tumor, no sé, alguna cosa que a la vez me había paralizado la parte trasera, alterado la vista y desarreglado un poco el sistema digestivo. No intentaba comer otra cosa que lo que encontraba en el suelo; no valía la pena, total me enfermaba. Evitaba cuidadosamente pensar en la carne, en todo lo que pudiera parecerse a la morcilla, la sangre, el jamón, el mondongo. Lo que me decidió a ir a misa fue que cortaron los castaños para instalar un cartel publicitario. Los obreros no me prestaron demasiada atención, sólo corrieron mi banco para trabajar más cómodos. Las máquinas de aserrar son rápidas. Olía la madera fresca, pero me daba un poco de

pena ver a los árboles resistirse con todas sus fuerzas y luego caer abatidos gimiendo. ¿Dónde viviría ahora? Mordisqueé unas virutas. Un obrero me dio un resto de su sandwich diciendo: “*Si esto no es una desgracia*”. Quise agradecerle pero ¡imposible articularlo! Me dije, qué bien estoy para confesarme. El sandwich era de jamón, lo solté y cayó al suelo, el obrero no puso cara de contento. Bueno, lo que hizo que me levantara de mi banco, y con qué dificultades, fue que vi la foto que pegaron en el cartel flamante. Era yo. Es decir, al principio me dije que esa persona me recordaba a alguien. Uno de los obreros me miraba con cara rara. Eso me ayudó a comprender. El obrero me había reconocido, o más bien creo que había reconocido el vestido. El vestido se veía bien en la foto, mejor en todo caso que en mí, porque ya estaba todo manchado de jugo de bellota y de tierra. Comenzó a llover. El agua me borroneaba un poco la vista, pero creo que también lloraba. El vestido era muy lindo, rojo con festoncitos y un delantal blanco adelante; y a mí me costa-

ba un poco reconocirme, pero la mirada de la foto no engañaba. Es decir que lo que creí ver de entrada fue un chanco vestido con ese hermoso vestido rojo, un chanco hembra, una chancha si quieren, con esa mirada de perro apaleado que tengo cuando estoy cansada. Comprenderán sin embargo que me costó reconocirme. Luego creí darme cuenta de que era una ilusión óptica, que el color tan rojo del vestido me daba esa tez tan rosada en la foto, mucho más rosada de lo que era en la realidad, a pesar de mis alergias repetidas; y que esa impresión de hocico y de orejas un poco prominentes y de ojos chiquitos y todo eso no obedecía más que a la atmósfera campesina que se desprendía del anuncio, y sobre todo de esos kilos de más que tenía. Tomen una jovencita bien sana, pónganle un vestido rojo, hagan que aumente de peso y cánsela un poco y verán lo que quiero decir. Una vez que desmonté la ilusión, efectivamente me reconocí en el anuncio. Entonces tomé la firme decisión de adelgazar y de recuperarme un poco. Esa foto me ayudó a levan-

tarme. Esa foto me ayudó a comprender que era preciso que me lavara, que dejara ese banco y que retomara el manejo de mi vida. Me cansaba de antemano pero era preciso que lo hiciera. En ese sentido le debo un Perú a Edgar. Decidí ir a misa. Allí, delante de la iglesia, comprendí que me estaba volviendo un poco tonta, porque la misa bien entendida es el domingo, y acababa de ver trabajando a los obreros. Entonces debía de ser lunes o martes, tal vez miércoles. Se me había escapado el momento en que Honoré pasaba o tal vez no lo había reconocido. Me di cuenta de que no me acordaba muy bien del rostro de Honoré, tenía que concentrarme, su imagen escapaba de mi memoria. La iglesia estaba abierta. Empujé la puerta. Me hice la señal de la cruz sobre la pila de agua bendita y luego quise arrodillarme para rezar. ¡Creerán que no lograba recordar lo que seguía después de “*Santificado sea Tu nombre*”! Debía tener un aspecto tan desamparado que un cura se me acercó y me preguntó qué hacía. Le dije que quería confesarme. Entramos en el confe-

sionario. No sé por qué, me sentía incómoda en esa iglesia, por así decirlo, fuera de lugar. Había dejado mis bolsas de plástico en la entrada, me daba cuenta de que no producían muy buena impresión. La cúpula alta y todo eso era hermoso pero no me daba la elevación deseada. Quizás fuera la presencia de ese cura. Lo oía resoplar del otro lado de la reja, por suerte habían instalado vidrios higiénicos, si no, habría podido pescarme sus microbios. El cura me preguntó si estaba enferma. Le dije que no estaba enferma pero que me sentía rara. El cura me dijo que rezara y me arrepintiera. Me arrepentí tanto como pude. Hacía mucho tiempo que no iba a confesarme, desde mi primera comunión, en verdad, pero el asunto ese me había marcado, en esa época sentí que me había hecho mucho bien comer el cuerpo de Cristo. Quería volver a comerlo. Pero el cura no quiso dármelo. Me dijo que no le había contado todo. Me dijo que había muchas enfermedades por ahí y que castigaban solamente a quienes habían pecado y que en mi rostro se veía que estaba en-

ferma. A través del vidrio higiénico distinguía que apretaba un pañuelo contra su nariz. El rostro del cura estaba todo deformado por el vidrio doble, hacía que tuviera los ojos como salidos de las órbitas y un hocico de perro y unas especies de pliegues inquietantes, como desdoblamiento. El cura me escrutaba, por así decirlo. Yo no veía qué más podía contarle. Trataba de concentrarme, pero no lo lograba, era su mirada, la del cura, y además el olor de su sotana negra, el olor de su piel también. Ese olor insípido me llegaba con una intensidad curiosa, lo mismo que el olor del incienso y de los viejos cuadros colgados en las paredes, y el olor del salitre, y el de los ramos de boj seco. Hacía frío y estaba húmedo en esa iglesia, y muy oscuro, veía cada vez peor al cura y tenía deseos de estornudar, y de rodar hecha una pelota en mi sitio y de dormir. “*¡Salga!*”, me dijo el cura. Le pagué a través de la ventanilla y me fui. Me habían robado mis bolsas pero me daba igual. Estar afuera me hacía bien. No quise ver un médico en seguida, era suficiente reinserción por

el día. Me sentía muy cansada. Volví a mi banco y me acurruqué. Dormí. Seguía lloviendo. Cuando me desperté había un claro en el cielo y el sol estaba poniéndose, el viento olía a noche. Tuve vergüenza. No era así como iba a estar de nuevo un poco presentable, toda mojada como estaba por no hacer más que dormir en mi banco. Después de todo, ahora que había perdido mi trabajo en la perfumería, sin duda tendría que conseguir otro pues mi reserva de dinero se acabaría. Me levanté y caminé todo lo que pude. Sentía un dolor penetrante en la nuca y las caderas y el hueco de los riñones. Tenía que detenerme a menudo y hundir los hombros sobre el pecho para aliviar un poco la tensión de mi espalda. Poco a poco me puse a caminar curvada, me veía en las vidrieras. Tenía una facha muy rara. Llegué a la perfumería. No sabía mucho qué hacía allí. Oisqueé el viento y sentí el olor de una mujer sudada perfumada con Yerling, y el olor característico de los días de afluencia, aceite de masaje y esperma frío. Me senté en un banco de la plaza. La señora de ne-

gro estaba allí, pero no pareció reconocerme. Replegué mis piernas sobre mí para que me doliera menos la espalda y hundí el pecho. Sentía que mis senos colgaban, estaban pesados y doloridos. Me costaba llevarlos, tal vez fuera eso lo que me hacía doler tanto la espalda cuando caminaba. Desde el banco se veía la vidriera. Por el momento, la perfumería parecía vacía, habían corrido la cortina de seda doble. Debía haber una sesión de masaje en la parte trasera de la tienda, en el lindo salón lleno de sofás dorados, de amuletos de lujo para la potencia sexual y de difusores de incienso afrodisíaco. Tenía la impresión de estar allí, veía todo con gran nitidez ante mis ojos, bastaba que los fijara en la cortina y tenía la sensación de ver a través de ella. Conociendo las exigencias del director, sin duda habría sido difícil la elección para reemplazarme, había que estar a la altura. Lo único que lamentaba era no haber seguido el curso de *quiromántica*, creo que así se dice. Es decir, había hecho la pasantía de manicura en el curso nocturno y todo, pero el *nec plus ultra* era

saber leer las líneas de la mano. Como no había hecho estudios, el director me había prometido hacerme obtener al menos ese diploma en la Gran Universidad de la Ciudad Antigua, donde tenía relaciones. Para el director, habría aumentado más la jerarquía de su cadena tener vendedoras diplomadas. La perfumería tenía por lo menos eso de bueno, una formación sólida, y cuando uno lo pensaba no era un oficio malo. Me daba tristeza pensar que ahora me quedaría tonta e inculta. Me preguntaba qué sería de mí, pero cuando tocaba el fajo de billetes en mi bolsillo me tranquilizaba, me decía que tenía tiempo para reflexionar sobre eso y que, al final, de todos modos había llegado a algo en la vida. La vidriera se iluminó a través de la cortina y olfateé a la vendedora que supuestamente me había peinado en el Aqualand. Además de redondear sus ganancias de fin de mes allá, esta zorra había subido de grado en el interior de la cadena y así me había birlado mi puesto. Me hizo mal ver qué linda era y cómo el cliente que la acompañaba le tocaba el

trasero con satisfacción. A pesar de la cortina veía, tenía como un sexto sentido extraño, unos nuevos ojos. El hombre era un antiguo cliente mío, uno de los clientes muy elegantes y muy viejos con gustos muy viciosos y que pagan muy caro los ungüentos, los falos artificiales y los amuletos de lujo. Lo adivinaba detrás de la cortina, era él y no otro, uno de los mejores clientes de la tienda; percibía una especie de olor a papel viejo y como un temblor del aire alrededor de él. Después de todo, si a la vendedora eso le gustaba como clientela, se la dejaba sin lamentarlo. Y después sentí una presencia conocida que avanzaba desde el fondo de la calle y vi al morabito dirigirse hacia la tienda. Desde hacía un tiempo proveía de productos africanos a la cadena, sabía ser discreto ante la clientela elegante y había abandonado sus espantosas vestimentas indígenas. A cambio, el director le hacía precio en las cremas ultra blanqueadoras para pieles negras de la casa Lobo-Ahí-Estás y en todos los servicios ofrecidos por las vendedoras de la cadena. Por lo visto él

se aprovechaba, el cerdo, eso me dolía un poco cuando pensaba en la excelente semana que habíamos pasado juntos. A esa cretina de vendedora, que se podía oler a cien metros como todas las pelirrojas a pesar de todos los Yerling del mundo, me preguntaba qué podía encontrarle el morabito. El morabito vivía de sus talentos de médium, sin embargo pasó delante de mí sin verme, cuando yo lo había detectado de inmediato en la calle. Me desilusionó de su parte. Pero para mi gran sorpresa el morabito no entró en la tienda. Se sentó junto a la señora de negro. Hablaron largo rato, y luego se fueron juntos. La plaza quedó vacía. Me sentí de pronto extraordinariamente sola. Oí un pequeño crujido familiar, apenas perceptible sin embargo. Era la cortina eléctrica de la tienda que cerraba. Sentí el perfume del sudor y del Yerling flotando por la calle. Caía el sol. De nuevo veía muy mal, borroso, como si estuviera aquejada por la miopía de los murciélagos. Los murciélagos se despertaban a mi alrededor. Hacían un escándalo infernal. Oía, en lo alto de

los árboles, que las plumas de los gorri-
nes se frotaban en su sueño precoz, que
sus párpados batían sedosamente en los
últimos reflejos de la vigilia y sentía sus
sueños deslizarse sobre mi piel con los úl-
timos rayos del crepúsculo. Había sueños
de pájaros por toda la sombra cálida de
los árboles; y sueños de murciélagos por
todo el cielo, porque los murciélagos sue-
ñan hasta despiertos. Me emocionaban
todos esos sueños. Un perro se acercó a
mí para mear y sentí que quería hablarme,
por así decirlo, y luego cambió de opinión
y se reunió prudentemente con su amo.
Sentí la soledad en el fondo del pecho,
allí, con violencia, con terror, con gozo;
no sé si pueden comprender todo eso al
mismo tiempo. No había nada más que
me retuviera en la ciudad con la gente.
Habría podido irme como los pájaros si
no hubiera sido tan pesada. Pero mi trase-
ro, mis senos, toda esta carne me acompa-
ñaba a todas partes. Además del dolor en
la columna me dolía el pecho, no quería
levantarme el vestido para ver dónde esta-
ban las manchas, y mi nueva teta tiraba

dolorosamente bajo la piel, como en la pubertad. Me curvé hacia adelante y todo el dolor desapareció. Mi vestido se mantenía rígido a mi alrededor, exhalaba olor a sudor fresco, a carne viva, a sexo caliente. Rodé en mi olor para hacerme compañía. Los pájaros se callaron. Sentí que la noche caía sobre mi piel. Me deslicé del banco y dormí allí, en el suelo, hasta el alba. Había sueños de pájaros en mis sueños y el sueño que el perro había dejado para mí. Ya no estaba tan sola. No soñaba más con sangre. Volvía a ver helechos y tierra húmeda. Mi cuerpo me mantenía caliente. Estaba bien. Cuando el sol se levantó sentí que la luz corría a lo largo de mi espalda y encendía un fulgor amarillo en mi cabeza. Me levanté sobre mis patas. Sacudí la cabeza y estiré los jarretes. Bajo mi rostro, mis dos manos estaban plantadas en el suelo. No tenía más que tres dedos. Apoyé todo mi peso sobre la mano izquierda y pude soltar la derecha. Sacudí la tierra que la manchaba, me sacudí toda entera. Mi mano tenía cinco dedos de nuevo. Había visto mal, pero de pronto

tuve mucho miedo. Volví a pensar en lo que no había querido ver en el espejo del morabito, en la pequeña cola atornillada en espiral en mi trasero. Me eché a temblar. Mi mano estaba como entumecida, encogida, y no lograba abrirla del todo. Sacudí la mano izquierda y vi que el dedo pequeño, el *meñique* como se dice, se había acortado. La uña era larga y dura, muy gruesa, y todas las otras uñas también. No me las había manicurado desde hacía mucho, hay que decirlo, pero casi se hubiera dicho que al meñique le faltaba una falange, o que por lo menos era como si la punta del dedo se hubiera atrofiado convirtiéndose en hueso duro. En cuanto a la pasantía de quiromántica, entonces, no tenía nada más que lamentar. Hice una profunda inspiración y me enderecé, eso casi me arrancó un grito. El sol subía en el cielo. Mi vestido estaba todo desgarrado por los matorrales, seguramente me había revolcado mucho en el sueño.

Tuve muchas ganas de ir a tomar una ducha en alguna parte. La llave de la casa de Honoré la había perdido junto con mis bolsas en la iglesia. Hasta al amanecer me arriesgaba a encontrar ocupado el pequeño baño de la perfumería, con jacuzzi y aceites aromáticos, pues a menudo servía para *extras*. También uno se podía encontrar con inconvenientes en ese oficio, seguro: el cansancio, el exceso de trabajo. Tenía la extraña sensación de flotar. En la calle había barro por todas partes a raíz de las lluvias de la víspera y de la *degradación crónica de las arterias públicas*. Caminaba penosamente intentando evitar los charcos para no ensuciar más mi pobre vestido, y reflexionaba sobre buscar un posible hotel, no demasiado caro, en la periferia tal vez. Pero el barro, no sé, me trastornaba, por así decirlo. Hice varios cientos de metros y me senté en un banco, en una placita junto a un estacionamiento. Había una mujer bastante joven que trataba de plegar un cochecito para hacerlo entrar en el baúl de su automóvil.

El bebé estaba en el suelo en un asientito para auto, en medio de un montón de cosas, valijas, bandejas, una palangana, juguetes, paquetes de pañales. Me acerqué. La mujer tenía aspecto de estar muy cansada, tenía el rostro hinchado, con manchas rojas bajo los ojos. El bebé pegaba gritos agudos. Quise trabar conversación pero no pude articular nada. Es que hacía días y días que no hablaba, desde que no había encontrado nada que decirle al cura. Abrí la boca, pero no logré más que pegar una especie de gruñido. El bebé me miro con extrañeza y redobló sus sollozos. La mujer fue como si sintiera miedo al verme. Cerró el baúl del automóvil aplastando a medias el cochecito y tomó el asientito para bebés en sus brazos, casi no se la veía detrás. Me incliné sobre el bebé. Lo olfateé. Olía rico, a leche y almendras. No sé, me habría hecho bien restregarme contra las piernas de la mujer y que me hablara cariñosamente, y quizás acompañar a esas dos personas a donde fueran. Empujé al bebé con la nariz y la mujer se puso a gritar, en cuanto al bebé no sé si se

reía o si lloraba. Me parecía, cómo decirlo, que me habría resultado fácil comérmelo, clavar mis dientes en esa carne tan rosada, o que la mujer me lo diera y llevármelo conmigo. Olía tan bien, tenía aspecto de rodar tan fácilmente por el suelo, como una gran voltereta. La mujer aulló y salió a toda velocidad con el asientito para bebés en los brazos. Dejó todas las cosas en el suelo. Me puse a hozar con la nariz. Había un biberón cerca, me lo tomé en dos segundos, estaba tibio y dulce. Al gran paquete de pañales limpios lo hice trizas con el hocico, y en una bandeja encontré unas manzanas deliciosas que me dieron un gran placer. Destrocé las valijas pero no había más que ropas adentro. Mastiqué algunos juguetes de plástico para afilarme los dientes y luego rompí unos potecitos para ver si eran ricos. No eran feos, me dieron proteínas. Me corté un poco la lengua al lamer las astillas de vidrio y también tuve que tragarme algunas, sentía que se pulverizaban con mis muelas. Eructé y me senté en el suelo. Al ver delante de mí ese automóvil y todas

esas cosas abandonadas, tuve como un relámpago de comprensión y me dije que esa mujer tenía que dejar su casa para siempre llevándose a su bebé y sus cosas y dejando tras de sí Dios sabe qué marido. Me dio pena haberle complicado las cosas. Me acerqué al auto y traté de poner un poco de orden, pero no funcionaba. Desesperada, pisoteé todo y tiré con los dientes un vestido que salía de una valija, me dije que me vendría bien para reemplazar mi vestido sucio. Arrastré el vestido hacia el banco. Lo puse encima con el mayor cuidado que pude. Y entonces vi un charco bajo el banco. Un lindo charco con barro bien tibio bajo el sol y agua de lluvia recién caída. Me extendí en el charco y estiré las patas, me hacía un bien increíble a las articulaciones. Entonces me revolqué muchas veces ahí abajo, era delicioso, me refrescaba la piel irritada y me distendía todos los músculos, me masajeara la espalda y las caderas. Me adormecí a medias. Estaba toda perfumada de barro y de humus y tenía la nariz en sentido contrario al viento, un gran error. No olí

que venía gente. Por suerte, fueron ellos quienes se detuvieron. Percibí su presencia a tiempo y me di vuelta. Eran la mujer, el bebé y un gendarme. “*¡Es monstruoso!*”, dijo el gendarme. Y sacó su arma temblando. Eso me salvó, que temblara. Tuve el tiempo justo para tomar el vestido entre mis dientes y correr, correr, atravesar el bulevar entre los autos que tocaban la bocina. Me escondí bajo la puerta de una cochera. Me costó como la gran flauta salir de ese barrio porque habían cerrado las calles y organizado una batida con los perros. Por suerte vi ratas muy grandes saliendo de una tapa de cloaca mal cerrada, la empujé con la nariz y pude entrar bajo tierra. No sé cuánto tiempo pasé en las cloacas. No se estaba mal allí. Hacía calor, había buen barro que cubría todo. Volví a salir una noche. Quería irme al campo, sentía que estaría mejor allí. Comenzaba a tener hambre bajo tierra, al fin y al cabo no como lo mismo que las ratas. La calle a donde salí estaba llena de anuncios electorales pegados en las paredes. Estaban los de *mi* candidato, si

puedo llamarlo así, sonriendo en medallón junto a mí, y esa noche bajo el resplandor de los faroles no me encontré para nada mal, fresca y rosada. Era el maquillaje sin duda, y los *spotlights*, pero me levantó la moral ver que de todos modos era fotogénica con mi vestidito, y que se me veía guapa y sana. *Por un mundo más sano*, estaba escrito bien grande entre Edgar y yo. Me dije que era un slogan *de circunstancias*; quiero decir, salía de las cloacas. No había perdido todo sentido moral. Vamos, me dije, vamos a hacer un esfuerzo. Encontré en el fondo de mi cabeza esa vieja idea de ir a tomar una ducha y en el fondo de mis bolsillos el fajo de billetes, un poco húmedo pero intacto. Hice una profunda inspiración. Pegué un grito como los karatecas y ¡upa! me enderecé. El dolor de los riñones me cortó el aliento. Cuando vi mi vestido, todo tirante delante de mí e hinchado por mis seis tetas, sobre todo comparado con cómo se lo veía en la foto cuando estaba nuevo y lindo, me dio un poco de pena. En rigor tenía un aspecto bastante raro. *Una du-*

cha, me repetí mentalmente. Caminé lo más rápido que pude. Entré en un hotel en el borde de la periferia. Puse un billete en un cajero automático y recibí una especie de tarjeta magnética que abría la puerta de la habitación y la del baño. El hotel tenía aspecto de estar desierto, pero era porque todo funcionaba con las tarjetas magnéticas. Me desvestí en la habitación, la ducha estaba justo al lado. Saqué una bata bien limpia de su envoltorio de plástico, con la leyenda *with compliments*, y me fui a dar una ducha. Froté fuerte. El agua, al principio, me resultaba rara, después bebí hasta hartarme y me dije que se parecía a la lluvia. Me sacudí y rodé un poco sobre los azulejos, pero estaban fríos y duros. El jabón *with compliments* me recordó a la perfumería, y también a las raíces más deliciosas, olía a manzanilla. Mordí un extremo pero esta vez estaba asqueroso. Me pregunté qué me gustaba más, las raíces o la perfumería. En todo caso, las cloacas igual eran demasiado sucias, y sobre todo faltaba luz. Además, también había cocodrilos que metían

miedo. Lloré un poco bajo la ducha, fue como si me distendiera. No lograba saber qué tenía que hacer después. El hotel parecía una especie de esclusa entre la ciudad y la periferia. Todo era automático. Por la ventana veía gente que entraba y salía. Evitaba cuidadosamente cruzarme con ellos, todos tenían aspecto de saber a dónde iban, qué harían después. Yo no hacía nada, miraba televisión, tomaba duchas. Por la ventana veía las humaredas de Issy-les-Moulineaux, algunos pájaros en el cielo, estacionamientos inmensos, supermercados. Pasé muchos días en ese hotel, recostada sobre mi cama entre dos duchas. Bajaba una vez por día a poner un billete en el cajero automático. Disfrutaba mirándome en el espejo de la habitación. Estaba toda limpita. Descansaba, me quedaba en la cama y no tenía más dolor de espaldas. Tenía menos hinchazones en el rostro. Me esforzaba por recuperar un aspecto humano, dormía mucho, me peinaba. Se me había caído casi todo el cabello en las cloacas, pero ahora volvía a crecerme. Me limaba las uñas, me afeitaba las

piernas y veía que mis tetas se deshinchaban, se volvían cada vez menos visibles, no quedaban más que manchas oscuras de los pezones. Hasta había lavado mi vestido previendo que un día saldría. Poco a poco, me hice amiga del hombre de la limpieza. Había adelgazado mucho al quedarme allí sin moverme. Nos pusimos de acuerdo por señas con el hombre de la limpieza, me subía hamburguesas todos los días. El bife con 80% de soja pasaba bien, y también la ensalada, el ketchup; me puse a recuperar peso un poco más armoniosamente. A partir de un momento no tuve más billetes que meter en el cajero automático, entonces me arreglé con el hombre de la limpieza que rompió la cerradura magnética de mi habitación a cambio de venir a verme dos veces por día. Me explicó cómo tomar duchas gratuitas trancando la puerta con mi tarjeta vencida, pero estuve a punto de ahogarme, no me había advertido que se desinfectaba automáticamente después de cada ducha. Me pesqué una linda alergia, pero él me curó con gran amabilidad. Como hablaba

árabe la conversación no era problema, no nos decíamos nada, nos hacíamos señas, nos queríamos mucho. No sé cómo ocurrió, en poco tiempo pude volver a ponerme mis viejos vestidos; quiero decir, el que le había robado en el automóvil de la mujer que me quedaba bastante bien, hasta parecía de mi talla. Quizás fuera la ducha o las hamburguesas o dormir en una cama verdadera o también el contacto cotidiano con el hombre de la limpieza. Se enamoró de mí, el hombre de la limpieza, y yo me habría quedado el resto de mis días en ese hotel en su compañía. En mi habitación yo ponía flores que iba a cortar por la noche en la periferia, no me las comía más ni nada. El hombre de la limpieza limpiaba todos los días, estaba muy ordenadita mi habitación. Un día me regaló una foto suya y la puse en la pared. Se volvía *cozy*. Me descubrí embarazada, por una vez no había ninguna duda. Logré entender el nombre del hombre de la limpieza pero no repetirlo, lo que hace, caramba, que hoy lo haya olvidado. Me rodeaba de pequeñas atenciones desde

que había comprendido mi estado. *Edgar* no me acuerdo qué ganó las elecciones. Lo vi por tele, posaba delante de mi anuncio y se lo veía encantado. Estaba contenta por él. Pude comparar mi rostro de la tele con mi rostro en el espejo de la habitación, me había vuelto totalmente presentable. Me dije que sería una buena idea que fuera a buscar a Edgar para pedirle trabajo, ya que como era su mascarón de proa, su *líder carismático* en cierta forma, el partido de Edgar seguramente me lo conseguiría. Por fin me había hecho buenas relaciones, había acertado con el caballo ganador al apostar a Edgar. Decidí hacer un esfuerzo suplementario de presentación. Me di una semana para perder más kilos, enderezarme completamente, hasta lograr maquillarme un poco y articular palabras. Ahora *rechazaba*, las hamburguesas del hombre de la limpieza y él veía con malos ojos que no me alimentara más que de ensalada. Me volví menos rubicunda. Mis primeras semanas de embarazo me cansaban y me dejaban chupadas las mejillas. Y luego vinieron los

gendarmes al hotel y detuvieron al hombre de la limpieza. Nunca más volví a verlo, salvo una vez en tele, lo hacían subir a un avión junto con otras personas apuntándolos con metralletas y él lloraba. Me dio pena, pero eran las primeras medidas del programa de Edgar. Como en el hotel no habían encontrado a nadie para limpiar los baños y las camas y todo eso, el hotel se volvió muy sucio. Lo único que funcionaba todavía eran las duchas con desinfección automática, pero a menudo también se rompían y asfixiaban a algunos clientes. Vinieron a cerrar el hotel y me volví a encontrar en la calle. Me dije que como Edgar había echado a todos los árabes iba a conseguir trabajo con facilidad, este Edgar era el caballo ganador. Pero no sé qué ocurrió, tal vez la emoción de volver a encontrarme afuera, o tal vez la partida del hombre de la limpieza, la cosa es que me agarraron unos calambres terribles en medio de la calle. Me acurruqué y vi que perdía mucha sangre. Me desmayé. Llegó el *SAMU-SDF** y me despertaron. Me sentía rara. El gendarme que estaba

* Servicio médico móvil de urgencias para personas sin domicilio fijo.

con ellos dijo: “*¡Pero hay que llamar a la SPA!*”^{*} En el suelo junto a mí había seis cositas sangrientas que se movían. En vista de la forma que tenían, comprendí que no durarían mucho. El gendarme quiso acercarse y le mostré los dientes. La gente del *SAMU-SDF* no se atrevía a apoderarse de mí. Me levanté con dificultad, me dolía mucho el vientre. Me puse las seis cositas en la boca, abrí una tapa de cloaca y me metí bajo tierra. Lamí las cositas con el mayor cuidado posible. Cuando se enfriaron, fue como si ya no fueran más. Me hice una pelota y no pensé en nada más.

Reaccioné cuando hubo esa invasión de pirañas. Todo el mundo se las picó. Yo también me vi obligada a irme. Ahora hay cada vez más gente que adopta animales increíbles y luego cuando tienen suficiente, ¡zas! a las cloacas. Cuando vi las pirañas y sentí los primeros mordiscos, estalló como una ola de terror en mí, ya

^{*} Sociedad Protectora de Animales.

no pude controlar lo que hacía y huí hacia el exterior. No sabía que la vida todavía me importaba tanto. Fue como si eso me despertara. Mis neuronas volvieron a su lugar. En el exterior, al aire libre, logré calmarme, recuperar un poco de sensatez. Pude ponerme de pie nuevamente. Era urgente encontrar ropa si tenía que caminar de nuevo por la ciudad y me acerqué a un grupo de linyeras. Al principio fue un poco duro. Yo tenía un buen olor franco y fuerte y a ellos los emborrachaba ese perfume a campo; pero a mí el olor de la gente de ciudad que no se lava confieso que me costó. Además, hacía mucho tiempo que no habían toqueteado a una mujer, sobre todo tan mofletuda como yo. Se aprovecharon, como es lógico. De todos modos me dieron una especie de gabardina y algo de comer. A la noche, al borde de las vías donde dormían, el gran juego era escaparse del *SAMU-SDF*, mis compañeros, los linyeras, por sobre todas las cosas querían que no los agarraran. Conmigo tenían por fin todo lo que querían, encima les cocinaba y no era charla-

tana, los colmaba, por así decirlo. Recuperé una cierta dignidad viviendo con ellos. Los que habían votado habían elegido a Edgar y esperaban que Edgar viniera a verlos. Hice sensación cuando logré articular que conocía a Edgar. No sé qué los dejó más estupefactos, que de pronto hablara o que conociera a Edgar. Quise darles una prueba, encontramos un viejo anuncio todo astroso pegado en una pared de la estación, pero quisieron comparar, no me reconocían. Yo me reconocía muy bien, me puso triste que ellos no me reconocieran. Esa noche me ligué una paliza por haber mentido. Por una vez que hablaba. Me harté un poco de mis compañeros los linyeras. Para darles una lección, me dije que era preciso que encontrara a Edgar y que volviera a verlos bien vestida y bien peinada con un trabajo nuevo. Una noche decidí no hacerles más compañía y me subí en la camioneta de la *SAMU-SDF*. Allí me dijeron que ahora los únicos empleos públicos accesibles para las mujeres eran asistente privada o *acompañante de travels*. Todas las perfu-

merías se cerrarían por respeto a las buenas costumbres y me preocupé por el director de la cadena, pero ellos me dijeron que si conocía a la gente adecuada sin duda lograría encontrar un puesto de nodriza en los buenos barrios, o de masajista del Palacio, sólo que era preciso ser muy linda para eso. Me enojó un poco que se creyeran obligados a precisarlo. También me dijeron que el *SAMU-SDF* pronto desaparecería, que hacía bien en aprovechar ahora, que iban a darme comida caliente y ropa limpia. El chofer me dijo que si tenía necesidad de embarazarme para volverme nodriza podía ofrecirme sus servicios. En ese momento comprendí que nada se había perdido aún y que todavía podía gustar tal como era. Pero no logré quedarme embarazada. Debía ser un mal momento en relación con mis calenturas, no pescaba siempre demasiado bien el mecanismo. Me quedé muchos días en el *SAMU-SDF*. Los gendarmes vinieron a hacerme papeles en regla a cambio de informaciones sanitarias sobre mis compañeros los linyeras. Cuando volví al borde

de las vías para que me vieran bien vestida y limpia, no encontré más a los linyeras, sólo había cenizas y montones de ropas calcinadas. Busqué por todas partes pero sin duda los linyeras habían partido siguiendo las vías como lo decían a menudo. A mí, las vías me hacían soñar. Me senté junto al andén y traté de reflexionar sobre mi futuro. Me dije que si recurriendo a Edgar no llegaba a nada me pondría a caminar a lo largo de las vías, porque en el extremo forzosamente estaban el campo y los árboles. Por la noche en el *SAMU-SDF* había cada vez más gente que se reunía y gritaba muy fuerte, me preguntaron si podía esconder armas bajo mi colchón, que nadie sospecharía de mí. El asunto me olía a quemado. Los gendarmes vinieron y cerraron definitivamente el *SAMU-SDF*. No encontraron las armas pero derribaron gente delante de la puerta y a mí me detuvieron por atentar contra las buenas costumbres. Y sin embargo tenía los papeles en regla. Haber visto morir gente me produjo algo, me puse a pegar gritos que me subían del fondo del

vientre como cuando mis hijos murieron. Los gendarmes quisieron darme unas bofetadas y vi que me miraban con los ojos como platos. Me miré en el espejo retrovisor y comprendí que tenían miedo de mí, volvía a tomar ese extraño tono rosado, tenía una gran narizota y orejas grandes. Los gendarmes no quisieron volver a tocarme y terminé en una ambulancia. En el manicomio se me cayeron todos los cabellos, pero podía jugar con mis orejas como antes con mis cabellos, con coquetería. Nadie quería ocuparse de mí. Ya no podía caminar erguida y dormía en medio de mi caca, me mantenía caliente y me gustaba mucho el olor. Me hice amiga de algunos. Nadie hablaba ahí adentro, todo el mundo gritaba, cantaba, se babeaba, comía en cuatro patas y ese tipo de cosas. Nos divertíamos mucho. Ya no había ningún *psiquiatra* porque un día los gendarmes los habían encarcelado a todos e inclusive algunos de sus cuerpos se pudrían en el patio, se habían oído disparos. Hacíamos un flor de despelote ahí dentro, se los juro, no había nadie que nos molesta-

ra. A mí, de tanto en tanto, se me producía una especie de iluminación, me decía que tenía que ir a ver a Edgar. El problema era que las rejas estaban cerradas con cadenas y ya no teníamos nada que comer. Algunos de nosotros empezábamos a estar seriamente hambrientos. Yo, con mis reservas, andaba bien, pero veía que me miraban de reojo con la misma mirada de las pirañas en las cloacas. Eso me dio miedo. Entonces fui yo quien dio el ejemplo. Fui a olisquear los cuerpos del patio y me parecieron de lo más bien. Estaban calientes, tiernos, con grandes gusanos blancos que estallaban en un jugo azucarado. Todo el mundo o casi todos se pusieron a hacerlo. Yo, todas las mañanas, hundía mi hocico en las panzas, era lo mejor que había. Aquello era un hervidero y revoltijo bajo los dientes, luego me tostaba al sol. Era mi desayuno. Ahora no tenían interés en venir a molestarme. Sólo había algunos aguafiestas flacos alrededor de nosotros que levantaban los brazos al cielo y caían de rodillas y decían que la maldición se cernía sobre nosotros, ahí fue cuando re-

conocí a mi iluminado del día del aborto. Él no me reconoció. Ya empezaban a ser demasiadas las personas que no me reconocían. Decidí lavarme de vez en cuando en el último lavabo que todavía goteaba. Había que dar golpes de cintura y mordiscones para acercarse, pero cuando había asustado a todos podía gozar de una cierta paz. Así fue como detrás de los azulejos desportillados del lavabo encontré algunos libros, y luego los encontré por todas partes, una peste, y los había hasta en mi colchón. Traté de comérmelos, al principio, pero la verdad es que eran demasiado secos. Se necesitaban horas y horas de masticación. Al arrancar las hojas para ver qué se podía hacer tropecé con el nombre de Edgar. A fuerza de verlo en todos los anuncios, era fácil para mí reconocer ese nombre. Me intrigó el nombre, ¿sería posible que también hablaran de mí en ese libro? Al principio me costó mucho, pero luego lo recuperé con facilidad, las otras letras se formaron rápidamente. A Edgar, no les digo más que esto, le decían sus cuatro verdades. Me puse a leer todos los

libros que encontraba, eso hacía que pasara el tiempo y olvidara el hambre, porque rápidamente habíamos terminado con los cadáveres. Me la pasaba sentada sobre mi trasero todo el día, ahora en el granero, y para la noche me encontré un colchón no demasiado sucio en el que dormía bajo el desván. Descansaba, mis cabellos volvían a crecer. A menudo, por la mañana me levantaba demasiado rápido y me golpeaba la cabeza en el borde, tenía de nuevo ese reflejo de erguirme sobre las patas traseras. Una noche estaba leyendo cuando intentaron agarrarme. No quedaba nada de comer en el manicomio, entonces, por comparación, yo lógicamente debía parecer bastante apetitosa. Tuvieron como un momento de duda al encontrarme sentada leyendo en el granero. Hacía mucho tiempo que no me veían y debo decir que también había adelgazado. El iluminado los encabezaba. Cuando me distinguieron en la penumbra se puso totalmente blanco. “*¡Vade retro! ¡Vade retro!*”, gritó. Tal vez por fin me había reconocido. Comprendí que ya no tenía aspecto de algo lo sufi-

cientemente comestible como para que me comieran de inmediato, y que mejor sería que aprovechara para poner los pies en polvorosa antes de que la cosa se convirtiera en una carnicería organizada. Me abalancé al patio y descubrí que de nuevo corría más rápido de pie que en cuatro patas y que mis tetas no se zangoloteaban más. Había llevado un libro en la boca pero pude tomarlo en la mano para respirar mejor y me escondí en el antiguo *despacho* de los psiquiatras. Allí encontré un guardapolvo blanco para vestirme. Eso me trajo viejos recuerdos, la nostalgia casi hizo que los ojos se me llenaran de lágrimas. En el bolsillo del guardapolvo había un billete de veinte euros y unas llaves. Pude abrir las rejas de *incógnito* cuando cayó la noche. Aferrado a las rejas encontré el cuerpo inanimado del iluminado, lo había derribado el hambre. Me dio pena. Lo arrastré afuera y lo dejé expuesto en el atrio de una iglesia, me dije que con un poco de suerte lo reconocerían. Hizo buena carrera después, como verán más adelante, y jamás me lo agradeció. Sin em-

bargo le salvé la vida. A la mañana siguiente, en un tacho de basura encontré un diario que se felicitaba de la decisión que había tomado Edgar de limpiar el manicomio con grandes chorros de *napalm*. Todavía se sentía un olor extraño en el aire, había cenizas que revoloteaban por todo el barrio como una nieve malsana. La mujer en cuya tienda compré un pedazo de pan me dijo que estaba muy contenta, que ese *foco de infección* era malo para los negocios. Había una batida en el extremo de la calle pero por suerte había guardado mis papeles y además tenía aspecto serio con mi guardapolvo blanco. Dije que era enfermera. Me dejaron pasar. Podía articular de nuevo, sin duda era porque había leído todas esas palabras en los libros, eso había sido, por así decirlo, un entrenamiento. Me instalé en un café y terminé el libro que había llevado escondido en mi guardapolvo. Era un libro de *Knut Hamsun* o algo así. Hablaba de animales desaparecidos, ballenas, arenques, y luego de grandes bosques y de personas que se amaban y de malos que les

sacaban toda la plata. Me parecía bien, como libro, pero hay una frase que me hizo un efecto extraño, decía, todavía lo recuerdo de memoria: *“Luego el cuchillo se hunde. El criado le da dos pequeños empujones para hacerlo atravesar el pellejo, tras lo cual es como si la larga hoja se fundiera al hundirse hasta el mango a través de la grasa del cuello. Al principio el verraco no se da cuenta de nada, se queda tirado unos segundos reflexionando un poco. ¡Sí! Ahora comprende que lo matan y lanza gritos sofocados hasta que no puede más.”* Me pregunté qué era un *verraco*, me produjo como un sudor feo en la espalda. Preferí reír, porque si no iba a vomitar. En el café me miraron mal porque me reía raro y miraron de reojo mi libro. Comprendí que más valía que me deshiciera de él. Además, esa frase me parecía un poquito *subversiva*, como decían en el diario que había leído. Entonces eso me dio una idea. Me dije que no tenía más que llevarle el libro a Edgar para participar en su gran campaña sanitaria, que eso me haría quedar bien y que me conseguirían trabajo. Encontré fá-

cilmente el Servicio de Censura, estaba justo al lado del Palacio. Adoptaron un aire muy molesto ante mi libro. Nadie conocía a *Knut Hamsun* y yo no podía aclararles nada. Entonces llamaron a un Superior. Yo quería que llamaran a Edgar, pero me dijeron que era absolutamente imposible molestarlo por tan poca cosa. Eso me enojó. El Superior tenía aspecto de ser todavía más burro que los demás. Dijo que *Knut Hamsun* no era, hablando con propiedad, un tipo muy claro que digamos pero que tampoco podía decirse que fuera un enemigo del Social-Franco-Progresismo. Y otras cosas que no comprendí bien. Y luego dijo que el inicuo régimen intelectocrático, capitalista y multiétnico le había acordado el premio *Nobel* o no sé qué a ese *Knut* no sé cuántos, y que ésa era una prueba irrefutable de su carácter subversivo. Así fue como el Superior resolvió el tema sin comprometerse y pudo enviar el libro al crematorio. Encontré que el Superior había sido brutalmente eficaz. Se lo dije y me preguntó qué hacía esa noche. Comprendí que estaba en

un buen período. Pasé toda la tarde en un cuarto de hotel para intentar ponerme linda, pero las cosas volvían a degradarse. Me decía que por el Superior sin duda podría llegar hasta Edgar. El Superior tenía un aspecto un poco desencantado cuando esa noche llegué a la cita. Me invitó a un restaurante, pero comimos a toda velocidad. Me miraba raro. Cuando estuvimos en su casa tuvo por así decirlo una pinchadura y se enojó tanto que me puso de patas en la calle. Tenía de nuevo un terrible dolor de riñones. Respecto de Edgar, había fallado. Volví a los escombros del manicomio y encontré otro libro que, si bien quemado a medias, sin duda todavía podía representar un peligro si caía en malas manos. Ya no me acuerdo del título. En el Servicio de Censura, aunque no había ido más que una vez antes, pusieron cara de estar cansados de verme, había uno que hasta se tapaba la nariz. Apenas echaron una mirada sobre el libro y quisieron despedirme. Entonces saqué mi carta secreta. Dije que era la Musa inspiradora de Edgar, que yo era la de los

anuncios electorales. Todos se echaron a reír. El Superior apareció para saber el motivo del desorden. Los empleados le explicaron reventando de risa. Entonces el rostro del Superior se iluminó, me miró a los ojos y dijo que me reconocía muy bien aunque estaba muy desarreglada después de todo ese tiempo. Yo, con su kepi y su uniforme, tampoco había reconocido al señor que me había salvado de los perros en el Aqualand, en cierta manera mi descubridor. De pronto los empleados tenían la nariz en los expedientes. El Superior me llevó al Palacio. Edgar adoptó un aire encantado al verme, me estrechó la mano y despidió a las dos masajistas. Me hizo dar un cuarto en medio del Palacio. Vinieron periodistas y me dieron un texto para que lo aprendiera de memoria, en el cual explicaba el bien que me había hecho Edgar y cómo había logrado que mi carrera de actriz se reanudara. Estaba la tele y todo. Por la noche, justo ahora que debía comenzar al día siguiente los ensayos para una publicidad en reemplazo de una actriz culpable de *alta traición*, volví a tener

terribles calambres en los riñones y me dije que me venían en mala hora, que justo en el momento en que encontraba un empleo volvían los problemas como antes. A la mañana, todos mis cabellos aparecieron diseminados sobre la almohada. Por una vez me dije que ahí estaba, era el cáncer, que estaba aquejada de un *desarrollo anárquico de las células* porque no había vivido lo suficiente *de acuerdo con mi cuerpo*. Quise huir a escondidas, pero descubrí que la puerta estaba cerrada con llave. Cuando los gorilas de Edgar vinieron a llevarme al estudio de televisión, adoptaron un aire muy fastidiado al verme en ese estado, hasta ellos comprendieron de inmediato que no funcionaría como Musa inspiradora de Edgar.

“*Por un mundo más sano*”, gruñó Edgar al verme. Hizo llamar a un médico que me preguntó si me había estado paseando junto al *Goliath*, yo ni siquiera sa-

bía qué era. Era la nueva central nuclear que había hecho construir Edgar. Sólo dije que había trabajado en una perfumería y Edgar preguntó si tal vez los productos químicos... Eso parecía interesarle a Edgar. El médico dijo que tal vez, pero en dosis muy altas, que nada era seguro y que en todo caso era carísimo. Edgar dijo que de todos modos sería gracioso que se pudieran transformar las prisiones en pocilgas, que por lo menos eso produciría proteínas baratas. El médico se puso a bromear con Edgar. Yo nunca entendí nada de política. Todo lo que sé es que me sentía muy contenta de estar en manos de un médico que parecía competente, con lo que cuesta. Edgar pulsó un intercomunicador y adivinen a quién vi aparecer: al director de la perfumería. Tenía un lindo kepi y se había puesto todavía más gordo que antes. Desgraciadamente no me reconoció. Sin duda hubo un gran malentendido porque me envió a una prisión muy fría donde todas las noches oía aullidos que me impedían dormir. Olía mal ahí adentro. Empecé a no poder levantarme y

a pegar gritos que me salían del vientre, era más fuerte que yo. Lo peor es que en todo el día no veía el sol. Después de mucho tiempo, no podría decir cuánto, vinieron a buscarme. Edgar en persona, con todos sus gorilas. Tenían aspecto de estar un poco borrachos o no sé qué. También había algunos de los sabuesos del Aqualand y me hicieron fiestas, eso me levantó un poco el ánimo. Los gorilas me pusieron un cabestro y me arrastraron hacia los altos del Palacio, Edgar cantaba canciones chanchas bastante disparatadas, bendito Edgar. Yo no podía caminar para nada, era el hambre sin duda. Llegamos a una gran sala toda iluminada con gente que bailaba. Había arañas en el techo y tapices del tipo de los que se hacen ahora, yo no tenía ojos más que para las mesas y las grandes soperas humeantes. Todos pegaron grandes gritos al verme, todos dejaron de bailar para rodearme. Olía bien el Yerling, la gente estaba muy elegante y muy bien vestida. Había señoras que llevaban Lobo-Ahí-Estás, comentaban que Edgar siempre tenía ideas sublimes para sus fies-

tas y retrocedían pegando grandes suspiros. Un señor puso a una jovencita a horcajadas sobre mí y, débil como estaba, tuve que recorrer toda la sala a lo largo y a lo ancho con la chica muerta de risa sobre mi espalda. Todos aplaudían, por primera vez era la reina de una fiesta, pero me habría comido un bocadito. Por suerte la jovencita estaba tan borracha que terminó vomitando sobre el parquet, con todo el traqueteo, y pude comer un poco; en fin, ustedes comprenden. Entonces fue el delirio, la orquesta ya no se oía porque la gente se reía muchísimo y empezaron a tirarme pedazos de ciervo asado, rodajas de jirafa, potes enteros de caviar, tortas de jirabe de arce, frutas de África y sobre todo trufas, las trufas son ricas. ¡Qué fiesta! Fue preciso que me apoyara sobre mis patas traseras y que extendiera el cuello y que hiciera no pocos esfuerzos para poder comer algo, pero eran las reglas del juego. Se divertían mucho. El champagne que me hicieron beber me mareó un poco y me puso sentimental, lloré de reconocimiento por toda esa gente que me daba de co-

mer. Una señora con un vestido muy lindo de gasa transparente de la casa Gilda me rodeó con sus brazos y me besó las dos mejillas, sollozaba y me decía cosas incoherentes, me hubiera gustado mucho entenderla. Estábamos las dos tiradas en el suelo y ella parecía quererme de verdad. Redoblé las lágrimas, a tal punto me emocionaba la situación, hacía tanto tiempo que no me daban semejantes pruebas de cariño. La señora dijo tartamudeando: *“¡Pero si llora! ¡Pero si llora!”* Entonces la gente hizo una ronda alrededor de mí, la orquesta tocaba el baile de los patos o una vieja pieza retro de ese tipo. Podría decirse que la gente muy elegante sabe jaranear. Ahora había caviar y huevos chiquitos aplastados por todo el piso, la gente se patinaba al bailar. Edgar había hecho desvestir a una chica y estaba empeñado en que yo le olisqueara el trasero, Edgar siempre fue un flor de bromista. Y entonces de pronto la orquesta dejó de tocar y un gorila le tocó el brazo a Edgar. Edgar se levantó como pudo, recuperó súbitamente una gran dignidad y dijo: *“Mis que-*

ridos amigos, es medianoche". Entonces todo el mundo pegó alaridos y me pregunté si era el fin del mundo o qué; pero se echaron unos en brazos de los otros, se besaron y yo misma me encontré con lápiz de labios por todas partes, de Yerling y de Gilda y también de Lobo-Ahí-Estás, se veía que no estábamos en cualquier parte. Se escucharon las doce ruidosas campanadas de la catedral que había hecho construir Edgar en la plaza del Arco de Triunfo. Entonces volvieron a saltar los corchos de champagne. Yo no podía más de champagne, empezaba a sentirme mal después de ese largo período de privaciones en prisión. Me deslizaba sobre el parquet encastrado todo encastrado, me rompía las narices y me raspaba las tetas; la gente se reía pero ya no era más el centro de la fiesta, se percibía que se cansaban. Edgar trajo la segunda atracción del espectáculo. Entonces me dije que por una vez eso no recaía en mí; estaba de lo más contenta de ser tan poco sexy en ese momento, estaba tan cansada que ya no servía para nada. La jovencita tan linda que Edgar había traído

chillaba y se debatía. No soportó el shock durante mucho tiempo, chiquilina como era. Cuando todos terminaron de divertirse, se puso a andar en cuatro patas por la sala con los ojos completamente dados vuelta, un golpe de cansancio, sin duda, la falta de costumbre. Conociendo a Edgar, sabía que ella no se iría con las manos vacías, quise ir a consolarla pero decididamente ningún sonido articulado quería salir de mi boca. Uno de los gorilas arrastró a la mocosa a una sala de al lado, vi que se distraía un poco con ella y después le metió una bala en la cabeza. Eso me desilusionó de él. Por suerte Edgar no lo vio, si no se le habría armado la gorda al gorila. Trajeron a otras jovencitas y hasta unos muchachos para divertirse con nosotros. El parquet que era terriblemente resbaladizo se puso pegajoso con toda esa sangre. Al menos pude recuperar un poco el equilibrio. Me dieron pena los muchachos, ellos no están tan acostumbrados, y me puse a roerle las ataduras a uno que habían dejado ahí plantado, no se ocupaban para nada de él y aullaba por algo que le

ardía en el trasero o no sé dónde. Habría hecho mejor en abstenerme. No van a creerme, pero un tipo me vio junto al joven y se puso a hacerme barrabasadas. Quería hacerle comprender que se equivocaba, que yo no era de ningún modo lo que creía, pero nada que hacer. Como me mostré reacia me ligué unos latigazos, pero podía seguir dándome, ahora tenía la piel dura. En el momento en que todo el mundo parecía divertirse más, la orquesta dejó nuevamente de tocar. Vi entrar a mi morabito, muy bien vestido de blanco, de nuevo con sus ropas de salvaje pero con la piel muy clara. De cerca de todos modos se veía que pese a los productos blanqueadores de la casa Lobo—Ahí—Estás el asunto todavía no estaba del todo a punto, tenía la piel toda frangollada. El morabito dijo: *“Arrepiéntanse, hermanos míos”* y paseó una especie de gran espiral de oro sobre toda la asistencia. Todo el mundo se arrojó de panza sobre el suelo, las mujeres se arrastraron hacia el morabito para besar el ruedo de su túnica y otras personas empezaron a sufrir temblores. Habría sido un

hermoso efecto, muy conmovedor, si el silencio hubiera sido verdaderamente total, como en las catedrales; pero a mí las tripas me hacían ruido a causa de toda esa comida, era horrible, me hubiera metido bajo tierra. Por suerte para mí había una jovencita colgada de una araña por los cabellos que hacía todavía más ruido, todas sus entrañas chorreaban por el suelo, tripas y todo, se habían divertido mucho con ella. El morabito, en su gran bondad, vino a desenganchar a la muchacha y a bendecir a algunos otros que se arrastraban por el suelo, hizo un gesto para que ordenaran todo eso y dijo: *“Vuelvan a sus casas ahora, hermanos míos, y recójanse para el futuro tercer milenio y rueguen para que el espíritu de la Espiral inspire bienaventuradamente a nuestro bendito jefe”*. Vi que Edgar se inclinaba y besaba el ruedo de la túnica del morabito y tomaba con los dos brazos la enorme espiral dorada para levantarla por encima de la multitud. Entonces Edgar despidió con un gesto a toda esa gente prosternada con ropas de gala. El morabito había hecho una buena

carrera desde la época de la perfumería. Es cierto que en esa época, en su *loft* de los barrios africanos, ya aceptaba las más altas responsabilidades políticas. Mujeres de limpieza con aire adormilado vinieron con trapos y baldes. Escuchaba al morabito discutir con Edgar a propósito de una ceremonia en la catedral, ese pobre Edgar no iba a dormir mucho. El sol se levantaba, produciendo lindos reflejos sobre las doraduras y el parquet, a mí me trastornaba contemplar el sol. Una mujer de limpieza me encontró bajo un tapiz y dijo: “¿Y qué hacemos con esto, señor Edgar?” Edgar, que siempre amó mucho al pueblo, creyó conveniente responder: “*Es mi regalo de Año Nuevo para los empleados del Palacio*”. Vi que el rostro de la buena mujer se iluminaba, hay que decir que no era más que piel y huesos. “*Oh, gracias, gracias, señor Edgar*”, dijo. Yo estaba lista a venderle caro mi pellejo, qué cuernos, a quien me agarrara. Me puse a gruñir con un aire feroz y vi que el morabito miraba en dirección a mí. “*Pero Edgar*”, dijo riéndose, “¿*dónde pudo encontrar un chancho*

en los tiempos que corren?” “Sabe”, respondió Edgar, “tengo relaciones en todas partes.” Se echaron a reír los dos. “Basta de bromas”, susurró Edgar —pero yo tenía oído fino—, “es un caso bastante interesante, tal vez un efecto de Goliath, o también un cóctel de porquerías diferentes, debería hacer estudiar eso por mis científicos. ¿Se da cuenta de las posibilidades a largo plazo?” Edgar volvió a echarse a reír, pero el morabito adoptó un aspecto grave. “Ya he visto sortilegios de ese tipo, en mi país”, dijo. “Mantenga la seriedad”, dijo Edgar, “no vamos a empezar con eso, la espiral es el Tamestat del pueblo.” Volvió a reírse. “Eso no tiene nada que ver con la espiral”, dijo el morabito muy seriamente. Se acercó a mí y con amabilidad me acarició el pellejo. “¿Andamos bien, niña?”, me preguntó en voz alta. Comprendí que me había reconocido, eso me conmovió terriblemente. “Un día de éstos le presentaré al dueño de la casa Lobo-Ahí-Estás”, prosiguió el morabito hablándole a Edgar, “prepárese para tener una sorpresa.” “Me espantan las sorpresas”, dijo Edgar con aspecto agota-

do, *“pero me encanta que me dejen atónito; si logra hacerlo lo haré nombrar comandante de los creyentes en lugar de ese imbécil de Marchepiede, pero déjeme ese chancho, me divierte.”* Figúrense ustedes que esos dos altos dignatarios se pusieron a acariciarme la cruz al mismo tiempo, el morabito le prometía las excelentes morcillas de las Antillas a Edgar, Edgar le prometía al morabito el asunto ese de dirigir a los creyentes, pero ninguno de los dos quería soltarme. Yo estaba sumamente halagada. *“Se lo devolveré”*, terminó diciendo el morabito, y le hizo una cosa a Edgar, no sé qué, con la mano, Edgar se puso rarísimo y me soltó la cola. Partí de lo más orgullosa con el morabito, de todos modos era al que prefería de los dos.

“Te había dicho que me vinieras a verme antes”, me dijo el morabito en el asiento trasero de su auto con chofer, *“mira en qué estado te encuentras ahora.”* La verdad es que tenía un poco de vergüenza. Llegamos a su casa, había alquilado un *loft* más grande en el barrio comercial, y me puso en un cuarto sólo para mí,

en el primer piso, y me recomendó que no hiciera caca por todas partes. Todos los días que siguieron el morabito se abocó a prepararme ungüentos, a masajearme por todas partes, a hacerme beber pociones. Hizo matar el último rinoceronte de África para mí, para tener polvo de su cuerno; dense cuenta, en estos tiempos. Me volvía verde, azul, el morabito no estaba nunca contento, mi cola en tirabuzón se atrofiaba poco a poco pero las orejas, el hocico resistían bien. Yo me dejaba hacer, alimentada, alojada, mimada, qué más se puede pedir. Me puse a devorar todos los libros del morabito pero la verdad es que eran demasiado aterradores, hablaban de zombis, de hombres transformados en bestias salvajes, de misterios inexplicables en los trópicos, en esos países pasa cada cosa. Ha de ser el clima. En todo caso al morabito le divertía mucho verme meta libros, nos hicimos cada vez más amigos. Una cosa buena fue que poco a poco recuperé el uso de la palabra y pudimos parlotear los dos. Por así decirlo, andaba mejor, mis cabellos volvían a crecer, casi

podía caminar derecha, de nuevo tenía cinco dedos en las patas de adelante. Sólo que la amiga del morabito estaba un poco celosa, le decía al morabito que iba a tener problemas con la SPA por conservar un animal en su casa. La amiga del morabito era esa señora bastante entrada en años que había sido la antigua amiga de mi clienta asesinada, esa señora que lloraba siempre en la plaza, si me siguen. La señora se había consolado de lo más rápido con ese negrazo del morabito, y un hombre además, decididamente la gente tiene costumbres muy cambiantes. La amiga del morabito le decía que la SPA era muy influyente en la actualidad, parecía que una antigua actriz, amiga de Edgar, había conseguido la Secretaría de Buenas Costumbres del Ministerio del Interior, y no hacía bromas la actriz. *“Y al mismo tiempo”*, decía la señora con aire afligido, *“los defensores de los derechos del hombre están en la cárcel.”* El morabito le susurraba que no dijera eso tan fuerte, miraba a su alrededor con aire de inquietud. *“De todos modos”*, decía el morabito con voz pene-

trante, “*nuestro querido Edgar encontró un medio radical para terminar con el caos.*” Y me miraba con un aspecto por así decir preocupado, a mí me levantaba el ánimo que se preocupara tanto por mí. El morabito trabajaba a rajatabla para encontrar un *antídoto*. Estaba convencido de que yo tenía algo que no era normal, yo como es lógico estaba inquieta. Y además, todos esos productos que me hacía tragar, sin duda no era bueno para la salud. El morabito repetía que llegaría a algo, que encontraría, que comprendería o que, si no encontraba la causa, sabía a quién derivarme. Pero la señora estaba totalmente empeñada en deshacerse de mí, y enseguidita. Hay que decir que desde que me mantenía erguida y hablaba y todo eso, el morabito y yo habíamos vuelto a hacer nuestras cositas. El morabito le decía a la señora que yo era un *ser excepcional*, dense un poco cuenta. Caramba, ese período feliz no duró, nunca tuve suerte en la vida. Un comando de la SPA desembarcó una mañana en el *loft*, el morabito y su señora fueron detenidos. Marchepiède era quien

había pasado a ser comandante de los creyentes. Lo sé, porque él fue quien se ocupó de mí a continuación. Marchepiède, no me arriesgo a nada diciéndoselo ahora a ustedes, es el loco furioso del día del aborto, el tipo que salió del manicomio y todo, díganme un poco por quién estamos gobernados. Edgar ya no parecía tener poder de decisión, creo que Marchepiède no había superado el golpe de que hubiera preferido a un negro para la dirección de la catedral o no sé qué. Ya no había muchos negros en las calles, en todo caso yo no sabía qué había sido del morabito. Marchepiède intentó de todo conmigo, decía que era escéptico. Edgar se empeñaba en asegurarme que yo no era la que parecía ser, Marchepiède no quería creerle. Decía que no era posible ni por pienso. Soporté sesiones de exorcismo. Me pegaban con espirales y cruces, la catedral estaba reservada nada más que para esta servidora, hasta llegaron a los latigazos y a muchas otras cosas, inclusive en los momentos en que tenía mejor aspecto. Salía de esas sesiones completamente mo-

lida. Edgar, a fuerza de repetir sin cesar su historia, se puso mal, creo que por eso Marchepiède lo hizo internar, se acuerdan, se habló mucho de la enfermedad mental de Edgar. Parece que relinchaba y que no comía más que pasto, en cuatro patas. Pobre Edgar. Bueno, después saben lo que siguió. La guerra estalló y todo eso, se produjo la Epidemia, y luego la serie de hambrunas. Me escondí en la cripta de la catedral durante todo ese tiempo, imagínense si me hubieran encontrado. En el mercado negro hubiera sacado mis cinco mil euros por kilo, lo digo sin pretensión. Cuando volví a salir, todo el mundo me había olvidado, en todo caso no sé qué fue de Marchepiède y de los demás, no leo los diarios desde hace mucho tiempo. Todo estaba de nuevo más tranquilo, se olía en las calles. No sabía a dónde ir. La única dirección de la que me acordaba, además de la de Honoré —¿pero se imaginan, volver a lo de Honoré?— era la del morabito. Fui a tocar el timbre. Y bueno, no van a creerme, estaba ahí, y la señora también. Les había dado un flor de vieja-

zo a los dos. El morabito tenía como si di-
jéramos excrecencias blanquecinas sobre
la piel, tumores que le daban aspecto de
elefante viejo. En sus ojos vi que ahora yo
tenía buen aspecto de nuevo, era sin duda
ese largo período de calma en la cripta.
Me vieron llegar como *sí* saliera de entre
los muertos. El morabito me estrechó en-
tre sus brazos pero me suplicó que los de-
jara en paz, que no podía hacer nada más
por mí. Me dio una dirección a donde ir.
Era la del director de la casa Lobo-Ahí-
Estás.

El director de la casa Lobo-Ahí-Es-
tás me recibió muy cálidamente cuando le
dije que venía de parte del morabito. El
director de la casa Lobo-Ahí-Estás era ver-
daderamente muy buen mozo, todavía
más que Honoré. Me olfateó el trasero en
lugar de estrecharme la mano, pero fuera
de *eso era* muy elegante, muy distinguido
como hombre, muy bien vestido y todo.

Me dijo que a menudo había oído hablar de mí, que conocía bien el problema. Me preocupó no tener nada que contarle, porque estaba más o menos en buena forma en ese momento, pero temía que eso no durara. El director de la casa Lobo-Ahí-Estás me sirvió un *Bloody Mary* y me explicó que la vida va y viene, un día éramos como todo el mundo, al día siguiente nos encontrábamos rebuznando o rugiendo, según, pero que a fuerza de voluntad nos podíamos mantener. Me explicó que en su caso había logrado ajustarse a la Luna. A mí nunca se me había ocurrido. Entonces me preguntó qué hacía esa noche. Se veía que me encontraba apetitosa, y era tan buen mozo, tan amable, que creí que soñaba. Me dijo que los muelles del Sena, desde que los habían reconstruido, eran espléndidos bajo la Luna y que conocía un buen restaurante. Me regaló una gran sonrisa. Tenía dos sublimes caninos blancos en punta y finos bigotes dorados que se extendían hasta las orejas. Me quedé con la boca abierta ante lo buen mozo que era. Nos estábamos pa-

seando por los muelles del Sena cuando de pronto el director de la casa Lobo-Ahí-Estás (su nombre era Yvan) se inclinó sobre mí y me dijo, como jadeando: “*Vete rápido*”. Habíamos pasado una buena velada, yo no comprendía. Pero cuando de pronto vi la expresión que tenía, salí a mil por hora. Me escondí detrás de un árbol y miré, me dolía mucho perder a un tipo así. El director de la casa Lobo-Ahí-Estás se sentó sobre un banco y se tomó la cabeza entre las manos. Tenía aspecto de estar muy cansado. Pasó un largo momento. La Luna salió de entre las nubes justo sobre las ruinas del Pont-Neuf, era un efecto bellísimo. Formaba zigzags de luz blanca sobre el agua y los *arbotantes* o no sé qué que todavía quedaban en pie del lado de la Isla brillaban con fuerza contra el cielo negro. Hacía mucho tiempo que no caminaba por la orilla del agua. El Palacio estaba totalmente destruido, pero todas esas grandes cúpulas entreveradas sobre el suelo y esas estatuas acostadas y esa especie de armadura piramidal que se entreveía por la gran brecha, en mi opinión te-

nían su encanto, era emocionante bajo la Luna, todo era blanco y gredoso. De golpe casi me había olvidado de mi Yvan. Oí como un grito del lado del banco. Yvan estaba de pie, dirigía su rostro hacia la Luna y le mostraba el puño. Me produjo un shock. Y luego Yvan se puso en cuatro patas. Su espalda se arqueó. Sus ropas se rompieron a lo largo de todo su cuerpo y largos pelos grises se erizaron a través de los tajos, su pecho se ensanchó y también se le abrieron los hombros y las mangas. El rostro de Yvan estaba deformado, largo y anguloso, brillaba de baba y de dientes, y sus cabellos bien tupidos habían crecido hasta cubrir enteramente sus hombros. La Luna estaba en los ojos de Yvan, como un relámpago blanco y frío bajo sus párpados. Se percibía que sufría, se oía su aliento. Sus manos estaban encogidas sobre el suelo, como zarpas, enterradas, aferradas al suelo, llenas de nudos y de garras. Era como si las manos de Yvan no pudieran dejar el suelo y al mismo tiempo quisieran vengarse de él destripándolo. Yvan pegó un violento golpe con los hombros y todo

su cuarto trasero se movió como un árbol arrancado. Sus zapatos explotaron, sus manos desgarraron la tierra y la tierra voló por todas partes. Yvan se desplazó en un bloque. Avanzaba, era enorme, se retorció hacia la Luna. Algo aulló en su cuerpo, le subió del vientre como cuando yo percibo la muerte. La Luna empalideció. Todas las ruinas que nos rodeaban se inmovilizaron, por así decirlo, y el agua dejó de correr. Yvan aulló de nuevo. La sangre se me heló en las venas, era incapaz de moverme. Ya no tenía ni miedo, todos mis músculos y mi corazón parecían muertos. Oía que el mundo dejaba de vivir bajo el aullido de Yvan, era como si toda la historia del mundo se anudara en ese aullido, no sé cómo decirlo, todo lo que nos ocurrió desde siempre. Alguien se acercó. Yvan, como era de esperar, pegó un salto. Ese alguien no creía lo que había oído, se olía en el aire que estaba todo excitado. Luego no se olió nada más. Una onda de terror y eso fue todo. Ni siquiera un grito. Yvan bailaba alrededor del cadáver. Era asombroso ver a Yvan tan ligero,

tan caracoleante bajo la Luna, agitaba su cola plateada hacia el cielo y era como una linda fogata. Toda la masa rota de su cuerpo y el dolor de sus primeros desplazamientos había desaparecido bajo su piel de luna y bajo sus precisos golpes de caninos, bajo sus saltos, bajo sus salvajes pasos de baile, bajo sus grandes sonrisas blancas. Me enamoré como una loca de Yvan. No me atrevía a salir todavía, esperé a que se saciara bien. Cuando vi que se lamía el morro a la orilla del agua y se limpiaba las patas y había bebido casi toda la sangre, me acerqué suavemente. Yvan me vio. “*Qué bien estamos*”, dijo. Comprendí que podía acercarme más. Tomé el cuello de Yvan entre mis brazos y lo besé entre las dos orejas, era dulce, era cálido. Yvan rodó por el suelo y le rasqué la parte baja del pecho y me acosté sobre él para sentir su buen olor. Lo besé en el cuello, lo besé en la comisura de la boca, le lamí los dientes, le mordí la lengua. Yvan reía de felicidad, me lamía por todas partes, se erguía sobre mí y yo rodaba en sentido contrario, nos pusimos a gemir los dos, a tal punto nos

sentíamos felices. Entonces Yvan se sentó sobre su trasero y yo me acosté entre sus patas. Nos quedamos allí mucho rato, nos dejamos llevar por la felicidad. Yo miraba a menudo a Yvan, me erguía sobre los codos y le sonreía y él me sonreía. Yvan era gris plateado, con un largo hocico a la vez sólido y muy fino, una pinta viril, fuerte, elegante, patas largas bien recubiertas de pelo y un pecho muy grande, velludo y dulce. Yvan era *la encarnación de la belleza*. El sol comenzó a levantarse e Yvan se durmió con el hocico entre las patas. Me quedé sentada junto a él velando su sueño, si la gente pasaba podía creer que era mi perro, un perro muy grande. El sol ponía reflejos amarillo pálido sobre el Sena, la Luna se esfumaba. Las ruinas del Palacio se borroneaban en un vapor amarillo y éste formaba como un polvo muy fino que se depositaba, un polvillo de luz que caía suavemente sobre las cosas. No se podían mirar de frente los últimos fragmentos de vidrio sobre la pirámide, a tal punto brillaban, eran como velas de oro sobre las viguetas. Sentí que Yvan se movía con-

tra mis rodillas. Me extrañé mucho al ver que el sol, por así decirlo, diluía a Yvan, rayaba su hocico con trazos que le borraban el rostro, fundía sus ojos leonados, borraba sus orejas y afeitaba su piel. Yvan echaba chispas, casi no se lo podía distinguir más en ese halo que lo abrazaba, que lo borraba, creí que se me iba a fundir lentamente entre los brazos y grité y lo estreché fuerte contra mí. Pero se produjo muy suavemente. El sol tocó los muros todavía en pie de la vieja catedral y el resplandor de los rayos se atenuó. Yvan levantó la cabeza y vi su rostro de hombre. Se puso de pie y me tendió la mano. “*Vamos*”, dijo. Estaba totalmente desnudo, yo me reía como loca. Llegamos a su departamento a pie, por suerte no había mucha gente en la calle; de todos modos, desde los tiempos de Edgar, la gente había visto cada cosa.

Entonces comenzó el período más bello de mi vida. Me duele pensar en él ahora. Pobre Yvan. Nos quedamos muchos meses juntos, Yvan y yo, en su departamento. En cada Luna llena, Yvan iba a procurarse su bocadito. Me había mostrado cómo adaptar mi propio ritmo a las fluctuaciones de la Luna, pero me salía mucho peor que a él, creo que él lo llevaba verdaderamente en la sangre. Él suponía que mi ritmo hormonal enredaba las cosas, no conocía mucho el problema en las hembras. Pero la cuestión era poner mucha voluntad en el asunto. Cuando estaba harta de ser chancha, si había durado demasiado tiempo o si me venía mal por un motivo u otro, me aislaba en nuestro cuarto y hacía ejercicios de respiración, me concentraba al máximo. Es lo que intento hacer ahora para escribir mejor, para sostener mejor mi lapicera, pero desde que Yvan murió me sale cada vez peor. De todos modos, ¿qué me importa ser chancha ahora? Estoy muy bien así, no veo a nadie salvo a algunos congéneres y ante la idea de volver a la ciudad me canso de an-

temano. Con Yvan, los mejores momentos eran cuando tenía mis calenturas. Prestábamos mucha atención a no pegar demasiados gritos, por los vecinos, pero ¡cómo nos divertíamos! Yvan me quería lo mismo como ser humano que como chancha. Decía que era fantástico tener dos modos de ser, en cierta forma dos hembras por el precio de una, cómo bromeábamos. Yvan había dejado de lado todos sus negocios para aprovechar más la vida conmigo, le había vendido Lobo-Ahí-Estás a Yerling, nadábamos en plata. Yvan me vestía con los modelos más lindos. Hasta había hecho una donación enorme al Gobierno de los Ciudadanos Libres para reconstruir el Pont-Neuf, en recuerdo de nuestra primera noche. íbamos a menudo a pasear por allí cuando yo estaba lo bastante presentable para la gente que andaba por la calle. Siempre me ponía terriblemente orgullosa ver la placa con el nombre de Yvan sobre el Pont-Neuf. Por desgracia, el Puente nunca se terminó; sólo Yvan, y cuando había Luna llena, podía alcanzar la orilla de un salto

lo suficientemente poderoso, qué fuerte era Yvan. Gran parte del dinero de Yvan había ido a parar a otro lado, cosa que produjo un gran escándalo, pero Yvan declaró que no quería ocuparse de eso, que el Puente estaba muy bien así. La gente no comprendió, hay que decir que no era muy práctico en el nivel del tráfico, por suerte el Ministerio tuvo la idea de explotar la brecha del antiguo Palacio para hacer una autopista urbana. Bueno, eso arruinaba un poco el paisaje e Yvan se preguntó si debía intervenir, pero Yvan, por elección, no tenía casi vida mundana ni política. Dejó todo de lado para consagrarse exclusivamente a mí. De tanto en tanto, encontrábamos algunos paparazzi en nuestro camino cuando paseábamos por el Pont-Neuf, Yvan me impedía leer los artículos porque parecía que no eran muy amables conmigo, las fotos nunca me favorecían y me trataban de *chancha gorda*, eso nos hacía reír mucho. No sabría decirles en qué punto todo eso me empezó a dar igual. Si la gente estaba celosa porque el célebre Yvan de la casa Lobo-

Ahí-Estás había abandonado todo por una chancha gorda, era asunto de ellos, no podían comprender. Además en ese momento nos enteramos de la muerte del morabito por los diarios. Los expertos se pusieron a estudiar las antiguas cremas blanqueadoras de la casa Lobo-Ahí-Estás, Yvan estaba contento de haberse retirado un poco del negocio. Hizo tapar el asunto por medio de sus relaciones en el Ministerio y le regaló todas sus acciones de Yerling a la vieja amiga del morabito. Nos pusimos a viajar. A menudo era un poco complicado: por todas esas perturbaciones, los alimentos exóticos, el aire acondicionado, el monzón o qué sé yo, no lograba mantener una forma lo suficientemente humana para que pudiéramos dejar nuestra habitación de hotel. Pero era muy excitante quedarnos encerrados los dos así, acostados bajo el mosquitero; los periodistas barajaban las suposiciones más locas sobre nuestra ausencia. Y luego, como es lógico, nos acostumbramos a la situación. Yvan, que antes era muy famoso por sus excentricidades, me puso un co-

llar de diamantes y nos paseábamos juntos, él erguido y yo con correa, era el chanco privado de Yvan, de la misma manera en que otros tienen un pekinés o una boa. Jamás hubiéramos podido hacer eso en París, Yvan habría tenido demasiados problemas con la *SPA*. No podíamos arriesgarnos a que me arrancaran de su lado para terminar en una perrera o algo peor. Por eso nos quedábamos mucho en el extranjero. Además era práctico para las noches de Luna llena, los chinos o los negros no están tan bien contados como los parisienses. Por desgracia, cuando esos cretinos de los Ciudadanos Libres se enojaron con todo el mundo a causa de sus ideas de autarquía comunitaria —por suerte Yvan había vendido Lobo-Ahí-Estás a tiempo— fue preciso que volviéramos a París. La vida se hizo un poco más complicada porque a la gente que Yvan conocía en el gobierno la habían metido en la cárcel, fue todo ese período de los grandes Procesos, en fin, ustedes se acuerdan. Los Nuevos Ciudadanos quisieron terminar los trabajos del Pont-Neuf y pretendieron

recluíamos como a todo el mundo a título de trabajo obligatorio. Pincharon todas las cuentas bancarias de Yvan y vinieron directamente a golpear a nuestra puerta, en serio creíamos que estábamos soñando. Por suerte Yvan había guardado suficiente dinero bajo el colchón para poder untarle la mano a todo el mundo, si no nos habrían encerrado como a ratas. Esas emociones o no sé qué me mantenían en forma de chanco las tres cuartas partes del tiempo. Nos volvimos cada vez más discretos. No era desagradable para nada. Nos quedábamos en nuestro hermoso departamento, ya nadie venía a molestarnos pues Yvan había hecho nuevas relaciones. Yvan me conseguía frutos y legumbres por una red Internet camuflada como banco de datos culturales; el mercado negro funcionaba bien. Para él compraba carne roja y podíamos vivir en perfecta autarquía. Sólo había que tener un poco de cuidado cuando los repartidores tocaban el timbre, me escondía en la habitación del fondo. Los días pasaban deliciosamente. Al alba, mientras la ciudad aún

dormía, nos despertábamos a causa del cruce caliente y frío del sol y de la Luna y del aliento de las estrellas que se zambullen desde el otro lado del mundo. Yvan me lamía detrás de las orejas y se apostaba en la ventana para husmear el aire fresco, luego él me hacía mi jugo de batata y yo seguía holgazaneando en la cama. Nos hacíamos mimos. Luego, cuando el cielo estaba totalmente dorado tomábamos sol en la galería, nos revolcábamos y luego durante el día hacíamos muchas siestas, felices como bestias. Nos hacíamos traer libros y también diarios, y luego hasta eso abandonamos. Por eso no sospechamos cuando comenzaron a hablar de la serie de asesinatos en los muelles. Nos decíamos que con el desorden que reinaba, nadie se interesaría en unos cadáveres más, pero esos asnos de los Ciudadanos no se desenvolvían tan mal, habían organizado una policía terriblemente eficaz. Me parece que la forma en que los cadáveres estaban degollados era lo que los intrigaba tanto. Leí los artículos después, hablaban del *Maníaco de la Luna llena* o también de

la *Bestia*, díganme un poco. Por cierto, hubo quienes hablaron de *redención* y de *castigo*, pero los liquidaron rápidamente. Los Ciudadanos no bromeaban con eso. En los recortes de artículos que guardé, se ven las cabezas de los cadáveres, limpiamente decapitados como Yvan sabía hacerlo. Se puede decir que las víctimas no tenían tiempo de sufrir. Los investigadores perdieron mucho tiempo buscando el arma del crimen, no podían creer que fuera un animal; por cierto, hace mucho tiempo que no hay más bestias salvajes en pleno París, se imaginan. La *racionalidad* es lo que pierde a los hombres, soy yo quien se los dice. Tuvimos noticia de todo ese escándalo por un repartidor. Yvan decidió quedarse guardado en casa, pero ahí fue cuando todo comenzó a volverse verdaderamente difícil. Sobre todo la primera Luna llena fue una prueba muy dura para los dos. Yvan se puso a dar vueltas en redondo. No me hablaba más. Encendí el televisor para intentar pensar en otra cosa, pero con el rabillo del ojo no podía dejar de vigilar a Yvan. Se sentó sobre su

cuarto trasero frente a la ventana, no sacaba los ojos de la Luna. Yo le vigilaba sobre todo los cabellos, siempre eran el primer signo. Empezaron a encanecer como si de golpe tuviera diez años más. Y luego se le pararon sobre la cabeza y comenzaron a brotarle en el cuello, entre los botones de la camisa, sobre las mejillas, en el dorso de la mano. “*Un poco de voluntad, Yvan*”, articulé. El traje de la casa Yerling explotó en la espalda, ¡Yvan como siempre reparaba en gastos! Su espalda se arqueó de manera terrible, se lo podría haber tomado por un dromedario. A continuación vino la función completa: las patas que se engrosaban, las garras, las orejas puntiagudas, los dientes cada vez más evidentes, me costaba acostumbrarme, se los juro. En semejante estado, Yvan era verdaderamente impresionante. Giró sus ojos hacia mí, eso me produjo como una quemadura en el vientre, nunca había visto eso más que de noche. Me dije: “*Llamemos a Bip Pizza*”. Corrí hacia el teléfono. Por suerte uno memoriza bien esos números de tres cifras, a menudo es cuestión de vida o

muerte. La angustia me arrancó las palabras de salvación. “*Hola*”, grité, “*una pizza para el 7 del muelle de los Grandes Arlequines, rápido*”. Sabía que en *Bip Pizza* entregan en menos de veinte minutos. Fueron los veinte minutos más largos de nuestra vida, de Yvan y mía. Estaba encerrada en la habitación y sentía que Yvan aullaba y rascaba la puerta, y luego que lloraba como sólo lloran los lobos, y maldecía la Tierra en largas modulaciones de garganta. El sufrimiento de Yvan era insportable. Me concentré profundamente para mantenerme tranquila, no era momento para que yo también me dejara llevar. Abrí suavemente la puerta de la habitación. Le hablé a Yvan. Salí, si puedo decirlo, a paso de lobo, de puntillas. Yvan no me sacaba los ojos de encima. Muy suavemente me acerqué a él y muy suavemente le tomé la cabeza en las manos. Yvan, cuando está sentado, me llega hasta los hombros. Sentí que un largo estremecimiento le recorría la columna de Yvan. Vi que por sus ojos pasaba como un resplandor humano; el dolor de resistir al

instinto le producía olas en los iris, en su mirada veía que el amor luchaba contra el hambre. Comencé a hablar a media voz. Le hablé de la estepa, de la nieve de verano sobre la taiga, de los bosques galos, del Gevaudan, de las colinas vascas, de los corrales de las Cevenas, de las landas escocesas, de la lluvia, del viento. Le hice la larga lista de todos sus hermanos muertos, el nombre de cada horda. Le hablé de los últimos lobos, los que viven escondidos en la ruinas del Bronx y a los que nadie se atreve a acercarse. Le hablé de los sueños de los niños, de las pesadillas de los hombres, le hablé de la Tierra. No sabía de dónde sacaba todo eso, me venía, eran cosas que descubría muy en el fondo de mí, y encontraba hasta las palabras más difíciles, hasta las más desconocidas. Por eso escribo ahora, porque me acuerdo de todo lo que Yvan me dio esa noche, y de todo lo que yo le di a Yvan. Yvan gimió suavemente, se hizo una pelota y se durmió a medias. Veía que los sueños pasaban bajo sus párpados sedosos. Y después llegó la Luna, produjo como un desgarramiento

entre nosotros que me llegó hasta el fondo de mi vientre. La pieza se volvió toda azul, era la Luna que subía hasta su zenit. Yvan se levantó de un salto. Oyó el borboneo de la sangre en mis arterías, sintió el olor de los músculos bajo mi piel, vio que mis carótidas golpeaban bajo la piel de mi cuello. Sus iris amarillos se partieron en dos. Su voz se desgarró en un largo aullido y contrajo todos sus músculos para tomar impulso. Toda la piel de su espalda se erizó, la cola se le puso tiesa, yo veía los nervios, las fibras, las venas que se tensaban bajo su garganta y hasta en sus patas nudosas. “*Bueno*”, me dije, “*es una hermosa muerte.*” En ese momento sonó el timbre. A Yvan eso lo hizo vacilar y dirigió su mirada hacia la puerta. Ni tuve tiempo de decirle buenos días al repartidor. La pizza saltó por el aire. No se podía distinguir la sangre de la salsa de tomate. Me dije que la entrega a domicilio era decididamente muy práctica.

A partir de eso nos hicimos enviar pizza a domicilio regularmente, cada noche de Luna llena. Yo me comía la pizza e Yvan al repartidor. Para evitar los olores, Yvan estaba obligado a no dejar ningún resto y se ponía gordito, de lo más lindo. Rastrillamos todas las pizzerías de París con el fin de mezclar las pistas: *Speedo Pizza*, *Mobylette Pizza*, *Flash Pizza*, *Vroum vroum Pizza*, *Solex Pizza*, etc. Nos las hacíamos enviar a direcciones ficticias. Yvan tomaba nombres falsos y alquilaba estudios para la ocasión. Otro problema era deshacerse de los vehículos de reparto, pero el Sena está hecho para eso. Esperábamos las noches sin Luna y ¡plaf!, al agua. Vivíamos una verdadera vida aventurera, éramos los nuevos *Bonny and Clyde*. Por un lado la vida cotidiana era muy agradable, teníamos un departamento soberbio, el amor, y luego, una vez por mes, había que tramar un nuevo ardid, situaciones diferentes cada vez, nuevos impactos sensoriales, olores inéditos, repartos de sabor exótico. La catástrofe de Los Ángeles hizo

que afluyera a París una nueva variedad de inmigrantes que estaban todos especializados en *fast pizza* y eran deliciosos según Yvan, bien gordos, como con un gustito final a Coca-Cola; a Yvan, por esnobismo de clase tal vez, siempre le gustó la *junk food*. A mí, sin embargo, me invadía un ligero hastío, y así fue como me puse a mirar cada vez más televisión. *Uno solo de ustedes falta* me perturbó muchísimo. Debería haber escuchado a Yvan, que detestaba esas cosas mentirosas. Ese programa tenía mucho éxito a raíz de todos los desaparecidos de la Guerra y los grandes Procesos. Mi madre apareció en pantalla, yo la había olvidado por completo. Era evidente que ella no. Tenía en la mano números de *Aquí París* y de *Nosotros también*, y por la pantalla desfilaban fotos en primer plano mías y de Yvan. Mi madre lloraba a lágrima viva, era casi inaudible, decía que me había reconocido, que quería volver a ver a su hijita querida. De inmediato, para mi gran consternación, empezaron a ocupar toda la pantalla fotos mías de pequeña, y hasta fotos de mi madre dándome el pe-

cho. Yvan se revolcaba por el piso de risa, pobre, si hubiera sabido a dónde nos llevaría esa historia. Mi madre decía que mi padre había muerto en la guerra, hice un gran esfuerzo de concentración para acordarme de él; también que no tenía recursos, estaba sin empleo, como si dijéramos en la calle, y que lo mínimo que pedía era que yo diera señales de vida. El conductor insistió mucho en mi relación con Yvan, dijo que los ricos nos devoran el seso, que no nos dejan más que la piel sobre los huesos y los ojos para llorar. Creí que Yvan que se iba a ahogar de risa. Cuando logró calmarse, él y yo tratamos de hablar de todo eso fríamente, e Yvan dijo que todo lo que mi madre quería era plata. Fue la primera vez que nos peleamos. Me dijo que había muy pocas posibilidades de que la casa de mi madre, que había comprado en el campo con sus ganancias en el Loto, hubiera sido destruida durante la guerra; que mi madre por cierto no estaba en la calle, y que sin duda le debían de quedar algunos pesos guardados. Debo decir que el asunto ese de la tele me había produci-

do una conmoción, no sé si fue volver a ver a mi madre, o si fueron mis fotos de pequeña, o si fue verme tal como era actualmente en primer plano sobre la pantalla. No soporté que Yvan hablara así. Le dije que no sabía lo que es ser pobre y pasar hambre, y cosas absurdas de ese tipo; cuando pienso en eso me duele haberme enojado por tan poco con Yvan. En ese momento no sabíamos qué poco tiempo de felicidad nos quedaba. Yvan puso cara larga y declaró que estaba dispuesto a enviarle plata a mi madre, pero que volver a verla nos expondría a dificultades infinitas. Yvan sabía bien que, a fin de cuentas, los Ciudadanos querían su pellejo, y todo ese escandalete en la tele lo inquietaba, creía que en cierta forma le untaban la mano a mi madre para hacer salir al lobo del bosque. A mí me hacía llorar que Yvan hablara así, con una lógica tan fría. Quiso explicarme que ese programa le venía bien a todo el mundo, que hacía creer que los acusados de los Procesos tal vez estuvieran vivos todavía, pero yo, que nunca había entendido nada de política, grité que se

trataba de mi madre y de mí. Yvan no se ponía en mi lugar; nosotros, mi padre, mi madre y yo, habíamos vivido en las podridas Viviendas de Protección Oficial de Garenne-le-Mouillé durante años y años; Yvan no sabía lo que era eso, mi madre me daba pena. Mis ideas se mezclaban, no lograba reflexionar con calma. Ahora todas las noches me veía en la tele. Se oía una voz que explicaba que todavía no le había dado señales de vida a mi madre, y veíamos una foto mía de jovencita, una foto de mi madre en Garenne-le-Mouillé, y luego fotos mías y de Yvan. Me mataba ver lo fea que estaba ahora y me mataba que mi madre hubiera logrado reconocerme a pesar de todo. Es lindo el instinto materno, *la voz de la sangre*, como se dice. A Yvan lo sacaba de quicio verme en ese estado, me decía que era mucho más tonta de que lo hubiera creído. Nos gritábamos muy fuerte. Yvan partía a caminar por París a la noche, no sé muy bien qué hacía, volvía borracho y todo mojado. El único momento de verdadera complicidad que nos quedaba todavía era la cues-

tión de los repartidores de pizza. Los detectives de *Uno solo de ustedes falta* empezaron a acercarse peligrosamente a nosotros, la dirección del muelle de los Grandes Arlequines no era demasiado discreta, y debo confesar —¡qué mal me siento cuando lo pienso!— que varias veces había llamado por teléfono al programa, que me habían pasado con mi madre y que a último momento siempre colgaba. Hoy me pregunto si no nos localizaron en el muelle de los Grandes Arlequines a raíz de esos llamados repetidos. En la televisión difundían grabaciones de mis “*Hola*” siempre cortados, eso me daba una culpa terrible, y después veía con toda claridad que jugaban con mi físico difícil para volverme antipática ante todos. Mi madre apareció muchas veces en la sección *Están vivos* para llorar mientras gritaba mi nombre. Se los juro, era más bien penoso. Veíamos que el medidor de audiencia se ponía rojo en pantalla, jamás la audiencia había sido tan alta. Bueno, Yvan arrojó el televisor en el Sena y decidimos mudarnos. Pero Yvan amaba demasiado el Sena,

no fuimos lo suficientemente razonables como para salir de París. Las fronteras estaban cerradas, pero debimos al menos irnos al campo. Todavía hoy estaríamos los dos juntos. El nuevo departamento que habíamos elegido estaba justo del otro lado del Sena, junto al antiguo puente Mirabeau. Los detectives de *Uno solo de ustedes falta* perdieron momentáneamente nuestra huella, y luego como el medidor de audiencia bajaba porque la madre del director de la perfumería era quien ahora se había convertido en vedette, terminaron por dejarnos en paz y ya casi no hablaron de nosotros. No tuve más noticias de mi madre. Eso me dio vacaciones. Me las arreglaba para seguir el programa en el pequeño televisor portátil del Mercedes, quería saber si la madre de mi antiguo director había logrado volver a poner las manos sobre su hijo, pero de todos modos fue como si Yvan y yo nos reencontráramos. De nuevo pudimos disfrutar de algunos momentos de felicidad juntos. Y luego las cosas se precipitaron. El día de la mudanza, como es lógico, estaba un poco

perturbada, no me gusta moverme de mi guarida; ahora era completamente chancha, el hocico, las patas, la espalda horizontal, imposible disfrazarme de nada. Yvan se vio obligado a meterme en una gran bolsa, pero yo cuando soy chancha sufro de claustrofobia, imposible mantenerme ahí adentro. Cuando Yvan guardó el Mercedes en el garaje, salté fuera de la bolsa, fue más fuerte que yo. Habíamos tomado nuestras precauciones, era el crepúsculo, esa hora en que las cosas se confunden; pero de todos modos debieron vernos y algún vecino sin duda nos denunció. La *SPA* desembarcó en medio de la noche. La verdadera contra fue que había Luna llena. Yvan acababa de comer y dormía como un tronco, yo dormitaba junto a él, harta de pizza. Ya no sé en qué estado me encontraba, como es lógico se mezcla en mi cabeza, pero cuando oí “¡*SPA! ¡Abran!*”, sentí que brotaba mi cola en tirabuzón. Sin mi dichosa emotividad, Yvan tal vez estaría vivo todavía, sólo se las habrían agarrado conmigo. La *SPA* destrozó la puerta y nos rodeó con sus

metralletas. Yvan se despertó y mostró los dientes. La *SPA* no reaccionaba al haber encontrado juntos un lobo tan grande y un chanco, y encima en un departamento parisiense. Ya no había ningún rastro del repartidor, sólo el ciclomotor abajo, pero ése no era el problema. ¡Si por lo menos esa noche, como de costumbre, hubiéramos alquilado con Yvan un estudio chico para hacernos entregar la pizza! Pero con nuestra dirección flamante en el puente Mirabeau no nos pareció necesario desconfiar de entrada. Pobres de nosotros. Yo me comunicaba en voz baja con Yvan, le decía sobre todo que se quedara tranquilo, con todo lo que tenía en el estómago esperaba que por lo menos el hambre no fuera lo que lo guiara y que se dejara atrapar sin oponer resistencia. Pero la gente de la *SPA* nunca había visto algo así, tenía miedo. Una buena mujer en uniforme recorría el departamento y levantaba un acta, al día siguiente en los diarios sé que pudieron leer que Yvan, el ex dueño de Lobo-Ahí-Estás, demostrando de tal forma la depravación de los ricos

—a raíz de ellos las alcantarillas están infectadas de cocodrilos—, dejaba animales salvajes solos en su casa, en pleno París, y había huido no se sabía a dónde con su amante. Los periodistas no comprenden nunca nada de nada. La buena mujer terminó de escribir su acta, los tipos seguían apuntándole a Yvan, y dijo: “*Bueno, empecemos por el chancho*”. Un tipo se acercó a mí con una gran red y otro me echó un lazo al cuello. Yvan pegó un salto hacia ellos. Los disparos estallaron junto con las dentelladas. Yvan tuvo tiempo de decapitar a dos o tres tipos y luego se arrastró hasta un rincón y murió. Yo también me sentí morir. Quise acostarme sobre Yvan y llorar, pero tropecé con los hilos de la red. Me metieron en una camioneta y después en una jaula del zoológico. Aullé durante varios días. No comía. Los visitantes me arrojaban maníes y papas fritas y sobre un papel de diario grasiento vi la última foto de Yvan. Estaba disecado en el hall de entrada del Museo de Historia Natural. Me acosté y esperé la muerte. Recuerdo que los niños me lanzaban petardos a través de

las rejas. Una multitud de veterinarios se agitaba alrededor mío, me daban inyecciones, un morabito vino a aplicarme ungüentos y dijo que nunca había visto un chanco en semejante estado. Por fin creo que me dieron por muerta y me encontré en un camión frigorífico, en dirección al matadero, supongo. El frío fue lo que me despertó. Estaba desnuda, con un cuerpo humano de nuevo. Tal vez fue porque había tocado fondo. Me levanté y me limité a girar el picaporte interior. La puerta se abrió, esperé una luz roja y salté. Levanté la tapa de una cloaca y me refugié adentro, hacía calor, no me arriesgaba a que nadie me viera. Sólo era preciso cuidarse de los cocodrilos. Encontré un pasaje hacia las catacumbas y salí bajo el Museo de Historia Natural, quería despedirme por última vez de Yvan. No tengo ganas de hablar de ese momento. A continuación liquidé a una empleada nocturna con su propia escoba y le robé su bata. Llamé por teléfono a la televisión y pedí con el presentador de *Uno solo de ustedes falta*, le expliqué que tenía datos sobre la amante de

Yvan. Me dieron el número personal del presentador. Lo llamé y le dije quién era. Me pidió que fuera inmediatamente a su casa y allá fui, con el palo de escoba. Fui yo quien mató al presentador de *Uno solo de ustedes falta*. Revolví sus cosas y leí la dirección de mi madre en una carpeta. Agarré todo el dinero que encontré. Tomé un tren al alba.

Por precaución subí a un vagón de animales. Con las vacas me sentí un poco mejor. Bebí leche. Me aflojé y dormí mucho, cuando el tren llegó a su destino oscilaba entre mis dos estados. Cuando mi piel se adelgazaba, tenía mucho frío con mi bata, cuando se ponía gruesa ya no sentía nada. La bata se rompió por todas partes. Les robé heno a las vacas y comí mucho en previsión de los días que vendrían. Bajé del vagón al caer la noche y rápidamente llegué a los suburbios del pueblito. Tenía regurgitaciones de heno por-

que no sabía rumiar y el heno es bastante pesado, y tuve que detenerme a menudo porque tenía cólicos. Era de no haber comido durante tanto tiempo, también. Me encontré verdaderamente poco presentable para ir a ver a mi madre, sobre todo con mi bata toda descuajeringada. A mi madre no le gustan mucho las excentricidades. Llegué a las últimas calles del suburbio y vi árboles desnudos que se balanceaban lentamente en el viento. Me dije que iba a esperar un poco antes de tocar el timbre en lo de mi madre. Tenía un ataque de miedo. Me acerqué a los árboles. Era la primera vez que veía árboles tan altos y que olieran tan bien. Olía la corteza, la savia salvaje acumulada a ras del tronco, olía toda la potencia dormida del invierno. Entre las grandes raíces de los árboles, la tierra estaba reventada, mullida, suelta, como si las raíces trabajaran desde el interior sumergiéndose profundamente adentro. Hundí mi nariz. Olían bien las hojas muertas del otoño pasado, cedían en pequeños terrones que se deshacían, con perfume a musgo, a bellota, a

champiñón. Cavé, escarbé, ese olor: era como si el planeta entero entrara en mi cuerpo, creando estaciones en mí, vuelos de ocas salvajes, narcisos silvestres, frutas, viento del sur. Estaban todos los estratos de todas las estaciones en las capas de humus, se volvía más preciso, se remontaba hacia algo. Encontré una gran trufa negra y en seguida recordé ese Año Nuevo del año 2000 en que había comido tanto en medio de esa gente tan turbulenta, y luego se borró, mordí la trufa, desde la nariz el perfume me entró en la garganta y fue como si comiera un pedazo de la Tierra. Todo el invierno de la Tierra estalló en mi boca, ya no me acordé ni del milenio futuro ni de todo lo que había vivido, se hizo un ovillo en mí y lo olvidé, durante un lapso indefinido perdí la memoria. Comí, comí. Las trufas tenían el sabor de los pantanos cuando se hielan, el gusto de los capullos encogidos cuando esperan la vuelta de la primavera, el gusto de los retoños tensos hasta romperse en la tierra fría y la fuerza paciente de las futuras *mie-sts*. Y en mi vientre estaba el peso del in-

vierno, el deseo de encontrar una pocilga y adormecerme y esperar. Doblé las cuatro patas, hice caca, me revolqué, se formó un lindo agujero oblongo lleno de gusanos despiertos y de arvejas en germen. La tierra caliente se puso a echar humo alrededor de mí, me estiré, puse el hocico entre mis patas. Los terrones cayeron sobre mi espalda y me quedé allí largo rato. El sol del alba me acarició el morro. Aspiré el paso de la Luna que cae del otro lado de la Tierra, hubo viento esa noche y olor a arena fría. Pensé en Yvan, eso me arrancó de mi pocilga. El dolor se apoderó de todo mi vientre, volví en mí. Tuve miedo de perderme totalmente como lo había perdido a Yvan e hice un gran esfuerzo para ponerme de pie. Me dolía. Era muy difícil seguir sin Yvan. Era más fácil dejarse estar, comer, dormir, eso no exigía esfuerzo, sólo energía vital y la había en mis músculos de chancha, en mi vulva de chancha, en mi cerebro de chancha, había suficiente para hacer una vida de pocilga. Volví a caer en el agujero. Todo mi cuerpo volvía a girar con la rota-

ción del planeta, respiré con el cruce de los vientos, de pronto mi corazón latió con la masa de las mareas chocando contra las orillas, y mi sangre corrió con el peso de las nieves. El conocimiento de los árboles, de los perfumes, de los humus, de las mieses y de los helechos, puso en movimiento mis músculos. En mis arterias sentí que batía el llamado de los otros animales, el enfrentamiento y el acoplamiento, el perfume deseable de mi raza en celo. El deseo de la vida hacía olas bajo mi piel, me venía de todas partes, como galopes de jabalíes en mi cerebro, estallidos de rayos en mis músculos, me venía del fondo del viento, de lo más remoto de las razas sucesivas. Sentía hasta lo hondo de mis venas la desesperación de los dinosaurios, el encarnizamiento de los celacantos, me impulsaba hacia adelante saber vivos a esos grandes peces, no sé cómo explicarlo hoy, y casi ya no sé cómo sé todo eso. No se rían. Ahora todo se ha vuelto vago en mi cabeza, pero no he podido olvidar a Yvan. Cada Luna reaparece en el cielo, cada Luna llena como un vientre me hundo

en el dolor de mi amor por Yvan, cada Luna la chancha se endereza sobre sus patas y llora. Por eso escribo, porque sigue en mí el dolor por Yvan. Inclusive cuando estoy en el bosque, con los otros chanchos; ellos a menudo me olisquean con desconfianza, huelen que en mi interior sigo pensando como los hombres. No estoy a la altura de sus expectativas. No me someto lo suficiente a las labores de la raza, y sin embargo soy yo quien los liberó del principal peligro que los acechaba. Cuando logré salir de mi agujero gracias al sol, que estaba muy alto y que por así decirlo me tiraba hacia adelante, cuando logré olvidar los olores embriagadores y volver a pararme como quien diría sobre mis pies, me puse en camino hacia la casa de mi madre. No esperaba lo que encontré allí. Mi madre había montado una pequeña granja, tenía gallinas, vacas y chanchos. Mi madre ganaba mucho dinero ahora, eso se veía, tenía un BMW flamante y un reciclador de agua privado, y la sigla con las normas de la *SPA* estaba puesta por todas partes, sobre el establo de

muchos pisos, sobre el matadero sofisticado, sobre la conejera bien limpia. Me paseé de *incógnito*. Algunos chanchos se revolcaban libremente en el barro y venían a olisquearme, daba gusto ver qué bien alimentados estaban. Me escondí en el establo y tomé una ducha bajo los chorros higiénicos laterales de la ordeñadora construida según el último grito de la moda. Tenía la impresión de haber conocido eso toda mi vida, y sin embargo nací en Garenne-le-Mouillé. Olía un poco a desinfectante para vaca, pero con un mono de trabajo que encontré colgado en el establo y un gran esfuerzo de voluntad, conseguí volver a tener aspecto humano. Creo que lo único que me empujaba era pensar en Yvan. Quería preguntarle a mi madre si lo que quería era verme a mí o el dinero, quería saber si Yvan estaba en lo cierto antes de morir y que termináramos el asunto. Mi madre me recibió con los brazos abiertos a pesar del olor a desinfectante para vaca y me pidió noticias de Yvan. Mi madre no había cambiado, sólo parecía un poco más cansada que antes, pero

también estaba más serena, más linda, más gorda, más segura de sí misma. Esta granja, por cierto, era una linda revancha para ella. Le dije que Yvan había muerto. Mi madre me dijo que yo había cambiado terriblemente, que le había costado reconocerme. Me preguntó qué pensaba hacer ahora que Yvan había muerto, si me había dejado algo. Comprendí que era inútil insistir. Me levanté. Mi madre me dijo que decididamente siempre había sido la misma tonta, que por lo menos hubiera podido hacerme mi agosto, que me lo merecía. También me dijo que si de verdad estaba en la miseria, ella podría echar a la chica de la granja y tomarme por la mitad del *SMVM* con casa y comida, que había lugar en el establo. Me ofreció un café. Me fui sin una palabra porque ya no podía articular nada. Volver a la pocilga me hizo bien, pude aflojarme. Me acosté, ni siquiera logré preguntarme qué sería de mí. Tenía la cabeza llena de olores, era dulce, agradable, rico. Algunos chanchos entraron y me olfatearon, eran unos lindos castrados grandes bastante simpáticos, tam-

bien había una chancha gorda y compacta que desde su rincón puso mala cara al verme. El olor franco y espeso me levantaba el ánimo, me bloqueaba, por así decirlo, en mi interior, me bloqueaba en mi cuerpo enorme, tranquilizador, en medio de otros cuerpos enormes y tranquilizadores. Ese olor me protegía de todo, me volvía al llevar al fondo de mí, en cierta forma había vuelto a mi casa. Tuve un sobresalto cuando mi madre llegó para distribuir el grano. La asombró ese chancho suplementario. Me dio una patada para hacerme dar vuelta y ella también me olfateó, y luego hizo un rictus raro. Cerró la puerta, que hizo *clic clac* y produjo como una agitación en el aire. No pude dormir a raíz de esas ondas angustiantes, vibraban y desequilibraban todo. Todos mis congéneres se revolvían, su buen olor se volvía agrio, lleno de malas hormonas, de tensión, de miedo. El olor se escindía en bloques aislados, cada olor alrededor de cada chancho, los hocicos buscaban los ángulos de las paredes, la parte baja de las puertas, el intersticio por el cual huir, ca-

da uno quería dejar al otro librado a su propio olor de víctima. Todo mi cuerpo se echó a temblar, comprendí que la horda sacrificaría al más débil. Me puse a pensar con gran rapidez, intentaba recuperar mi cuerpo de ser humano pero el pánico me impedía concentrarme, todo mi cuerpo de chanco oía y sentía las ruedas del camión, todavía muy lejanas pero muy rápidas, que devoraba la ruta para venir a agarrarnos. Sin embargo había que hacer como los monos o como los más lúcidos de los perros: encontrar solo la solución. Un castrado husmeó la solución; los chancos también son muy lúcidos. Pero no lograba sacar conclusiones. Levantaba el hocico hacia lo alto de la puerta y miraba el picaporte. Entonces me acordé de la existencia de las cerraduras, de los cerrojos y de los demás candados; la historia del camión frigorífico me volvió a la mente; podemos abrir las puertas que parecen definitivamente cerradas. Me acerqué a la puerta, empujé a todos con violencia, mi cuerpo de ser humano intentaba arrancarse de mi cuerpo de chanco, tratando de

erguirse bajo mis músculos; veía que mi pata delantera derecha temblaba, se afinaba, los tendones se movían presos del pánico bajo la piel; pero no salía nada, ni siquiera la punta de un dedo. Intenté hacer girar ese bendito cerrojo con la pata, con el hocico, pero no lo lograba, mi cuerpo no comprendía por qué debía encarnizarse con esa pieza de acero, mi cuerpo se movía sin convicción mientras mis neuronas se desesperaban por mantener esa idea en la cabeza, *el cerrojo, el cerrojo*, era agotador luchar así contra sí misma. Una cosa me ayudó. De muy lejos llegó un perfume. Yerling para hombre. Se acercaba con el camión. Logré ponerme de pie, ese perfume me recordaba mi vida de antes, la perfumería, el director de la cadena. La oleada de un asco antiguo se apoderó de mí, un asco hasta entonces profundamente escondido en mí. Ese perfume era el perfume del director de la cadena el día de mi entrevista de trabajo. Intenté abrir el cerrojo. Los otros, al ver que me transformaba a medias, se pusieron a pegar aullidos, un poco más y olvidaban las vibra-

ciones del camión. Oí el paso de mi madre que salía de la cocina y se dirigía hacia la pocilga. Eso me hizo volver a caer en cuatro patas. Ahora, desde el fondo del vientre, yo sólo era un hervidero de terror. Había un olor a acero inoxidable en el aire que llegaba con mi madre, y una determinación cortante, algo inexorable, empezó a oler espantosamente a muerte. Los chanchos echaron a correr en todos los sentidos entre las cuatro paredes de la pocilga y yo me dejé pisotear. No tenía todavía la costumbre de esos desplazamientos despavoridos. Ahora sabía que ante la mínima tormenta hay que concentrarse muy a fondo para mantenerse calmo, para no ceder a la locura que sube del vientre, para dominar un poco ese terror que vuelve a instalarse en el vientre de las bestias desde la primera tormenta del mundo. Con la muerte es igual. La muerte cunde a mi alrededor y hay que mantener la calma. Me encogí en un rincón detrás de los otros chanchos en estado de pánico y vi que se abría la puerta. En el mismo momento llegó el camión y se ubicó delante

de la puerta, y el director de la perfumería bajó. El director de la perfumería se había puesto muy gordo. En el marco de la puerta lo vi inclinar sus hombros de toro y besar a mi madre en la boca y palparle el trasero con una cierta ternura. Sobre el camión se veía el letrero *Welfare Electronics*, pero ahí adentro olía a cadáver con toda claridad; el director de la perfumería y mi madre estaban en el mercado negro, al precio que está la carne ahora las cosas debían andar muy bien para ellos. El director de la perfumería estaba vestido como un ejecutivo pero mi madre le dio un delantal blanco y una cuerda y los dos entraron en la pocilga. Mi madre tenía un gran cuchillo en la mano, una palangana de cuero para la sangre y papel de diario chamuscar el pellejo. “*Allá, al fondo*”, dijo mi madre. Dejó la palangana y el papel de diario. Se acercaron a mí. Los otros chanchos se escaparon en medio de un escándalo terrible y se hizo un gran círculo vacío alrededor de mí. Me preparé a vender bien caro mi pellejo. Mi madre, además de ser una asesina era una ladrona, iba a

matar un chanco que no le pertenecía. Mostré los dientes y el director se la perfumería se echó a reír. Me tiró la cuerda encima. Toda la última escena con Yvan me volvió al cerebro, eso me inflamó las neuronas y el vientre y los músculos, me levanté con todo mi cuerpo, con todo mi odio, con todo mi miedo, no sé, tal vez con todo mi amor por Yvan. El director se puso verde. Sacó un revólver de su bolsillo temblando y se lo arranqué de las manos. Tiré dos veces, la primera vez sobre él, la segunda sobre mi madre. El cuchillo hizo un ruido de chatarra al caer en la palangana de cuero. A continuación salí al bosque. Algunos de los chancos me siguieron, a los otros, demasiado atados al confort de su pocilga moderna, sin duda los rescató la *SPA* u otra granja, en todo caso no me gustaría estar hoy en su lugar.

Ahora la mayor parte del tiempo soy chancha. Es más práctico para la vida en el bosque. Me encariñé con un jabalí muy lindo y muy viril. Vuelvo a menudo a la granja, por la noche. Miro televisión. Llamo por teléfono a la madre del director de la perfumería. El día que vino el equipo de *Uno solo de ustedes falta* observé todo desde el bosque. Encontraron mis huellas en el revólver junto a los cadáveres, el medidor de audiencia va a explotar. Pero ahora pueden buscarme para siempre. No estoy insatisfecha con mi suerte. La alimentación es buena, el calvero cómodo, los jabatos me divierten. A menudo me dejo ir. Nada es mejor que la tierra cálida alrededor cuando uno se despierta por la mañana, el olor del propio cuerpo mezclado con el olor del humus, los primeros mordiscos que tomas sin siquiera levantarte, bellotas, castañas, todo lo que ha rodado en la pocilga bajo las patadas del sueño. Escribo en cuanto la savia baja un poco en mí. Las ganas me vienen cuando sube la Luna, bajo su luz fría releo mi cuaderno. Lo robé de la granja.

Trato de hacer lo que me enseñó Yvan,
pero a contrapelo de sus propios métodos:
para recuperar mi talle quebrado de ser
humano tiendo mi cuello hacia la Luna.

* * *